

Vida en el amor

Ernesto Cardenal

Dios es amor, y el que vive en el amor, en Dios vive y Dios en él.
(Juan 1, 4,16)

TODAS las cosas se aman. La naturaleza entera está abierta hacia un tú. Todos los seres vivos están abiertos unos a otros. El fenómeno del mimetismo hermana a todas las plantas y animales y cosas: hay insectos que imitan a las flores y flores que imitan insectos, animales que imitan el agua o las rocas o la arena del desierto o la nieve o los bosques o a los otros ani-

— 3 —

males. Y todos los seres vivos se aman o se comen unos a otros y todos están unidos unos a otros en ese vasto proceso del nacimiento y del crecimiento y de la reproducción y de la muerte. En la naturaleza todo es mutación y transformación y cambio de unas cosas en otras y todo es abrazo, caricia y beso. Y lo mismo que las leyes que rigen a todos los seres vivos, las leyes que rigen a la naturaleza inerte —que también está viva, con una vida que no vemos— son también una misma ley de amor. Todos los fenómenos físicos son un mismo fenómeno de amor. Lo mismo la condensación de un copo de nieve que la explosión de una "nova"; el escarabajo abrazado a su bola de tierra y el amante abrazado a su amada: todo en la naturaleza es un querer rebasar los propios límites, traspasar las barreras de la individualidad, encontrar un tú a quien entregarse, transformarse en otro. Las leyes de la termodinámica y de la electrodinámica y de la propagación de la luz y de la gravitación universal son todas una misma ley de amor, y en la naturaleza todo está incompleto y todo es entrega y abrazo y los seres son en la intimidad de su esencia y en el más profundo misterio de su existir: hambre y sed de amor.

Las cosas están relacionadas unas con otras, y unas están comprendidas en otras y estas otras en otras, de modo que todo el universo es una sola cosa vasta.

La naturaleza toda se toca y se entrelaza entre sí. Toda la naturaleza se abraza. El viento que me acaricia y el sol que me besa, el aire que respiro y el pez que nada en el agua y la estrella lejana y yo que la miro: todos estamos en contacto. Lo que llamamos los vacíos espaciales interestelares están formados de la materia que forman los astros, aunque tenue y rarefada, y los astros no son sino una concentración mayor de esa materia interestelar y todo el universo es como una inmensa estrella y todos participamos en este universo de un mismo ritmo: el ritmo de la gravitación universal, que es la fuerza de cohesión de la materia caótica y la que une a las moléculas y hace que unas partículas de materia se reúnan en un punto determinado del universo y que las estrellas sean estrellas, y este es el ritmo del amor.

Todos estamos en contacto, y todos estamos incompletos. Y esta naturaleza que está incompleta está tendiendo siempre a lo más perfecto. Esta tendencia es la evolución. Y lo más perfecto de la naturaleza es el hombre. Pero el hombre también está incompleto, y también es imperfecto y también tiende a otro: tiende a Dios. Y cuando el hombre ama a Dios, lo ama con las ansias de la naturaleza entera, con el gemido de todas las criaturas, con el inmenso y milenarío anhelo de todo el proceso de la evolución. Toda la creación gime con nosotros, como dice San Pablo, con dolores de parto: y son los dolores de este inmenso proceso de la evolución. Cuando los monjes cantan en coro están cantando en nombre de la creación entera, porque también todo en la naturaleza, desde el átomo hasta el hombre, es un solo salmo. Y nosotros no podemos descansar hasta hallar a Dios. Sólo entonces se aquietará en nuestro corazón la gran angustia cósmica, se aquietará este inmenso amor que oprime el pequeño corazón del hombre con toda la fuerza de la gravitación universal: hasta que nosotros encontremos este Tú al que tienden todas las criaturas.

Porque como dijo San Agustín: "nos criaste para Ti y está inquieto nuestro corazón hasta que descansa en Tí".

Y todas las cosas nos hablan de Dios, porque todas las cosas suspiran por Dios: el cielo estrellado lo mismo que las cigarras; las inmensas galaxias y la ardilla listada que juega todo el día con todo lo que la rodea y teme a todo lo que la rodea y se esconde de todo (y todo cuanto hace es un movimiento inconsciente hacia Dios). Hacia El se mueven todos los astros y la expansión del universo es hacia El, hacia El de donde han salido todos los astros y de donde salió el primer gas original. Y sólo en El descansará el universo. Mientras tanto "está inquieto nuestro corazón".

EL coyote cuando aúlla solitario en la noche, aúlla por Tí. Y por Tí grita la lechuza cuando grita en la noche. Y por Tí arrulla dulcemente la paloma y no lo sabe; y cuando el ternero llama a su madre, es por Tí a quien llama, y a Tí llama el león cuando ruge, y todo el croar de las ranas es a Tí. Toda la creación te llama con toda clase de lenguajes. Como te llama también con el lenguaje de los amantes, y de los poetas, y con la oración de los monjes.

Y en los ojos de todo ser humano hay un anhelo insaciable. En las pupilas de los hombres de todas las razas; en las miradas de los niños y de los ancianos y de las madres y de la mujer enamorada, del policía y el empleado y el aventurero y el asesino y el revolucionario y el dictador y el santo: existe en todos la misma chispa de deseo insaciable, el mismo secreto fuego, el mismo abismo sin fondo, la misma ambición infinita de felicidad y de gozo y de posesión sin fin. En todos los ojos humanos existe un pozo profundo, que es el pozo de la samaritana.

Toda mujer es una mujer junto al pozo. El pozo es profundo. Y en el brocal del pozo está sentado Jesús. "Y la mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es profundo..."

"Respondió Jesús y le dijo: Quien bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé nunca tendrá sed, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna."

"Y le dijo la mujer: Señor, dame de esa agua para que yo ya nunca tenga sed". (Juan 4, 11-15)

Esta sed que hay en todos los seres es el amor a Dios.

Por este amor se cometen todos los crímenes, se pelean todas las guerras y se aman y se odian todos los hombres. Por este amor se escalan las montañas y se desciende a los abismos del océano; se domina y se conspira, se edifica, se escribe, se canta, se llora y se ama. Todo acto humano, aún el pecado, es una búsqueda de Dios: sólo que se le busca donde no está. Por eso dice San Agustín: "Busca lo que buscas, pero no donde lo buscas". Porque lo que se busca en orgías, en fiestas, en viajes, en los cines, en los bares, no es más que Dios: que no se encuentra sino dentro de uno mismo.

En toda entraña hay la misma llama, quema la misma sed: "Como desea la cierva las corrientes de las aguas, así mi alma te desea a tí, ¡oh Dios!" dice el salmo. Todo corazón tiene clavada esta saeta.

El deseo insaciable que tienen los dictadores de poder, de dinero y de propiedades es el amor a Dios. El amante que busca la casa de su amada, el explorador, el hombre de negocios, el agitador comunista y el artista y el monje contemplativo, todos buscan una misma cosa: el cielo.

Los rostros de las muchachas tienen un reflejo del cielo, y por eso son tan fascinadoras para nosotros, porque nosotros hemos sido creados para el cielo.

Dios es la patria de todos los hombres. Es la única nostalgia. Desde el fondo de todas las criaturas nos llama Dios, y esa llamada es el encanto que hay en todas las criaturas. Su llamada es escuchada en lo más íntimo de nuestro ser, como la alondra llamando a su compañera en la alborada, o Romeo silvando a Julieta bajo el balcón.

LAS tardes y las noches son quietas y solitarias porque Dios las ha hecho para la con-

templación. Los bosques, y los desiertos, y el mar, y las montañas, y el cielo estrellado, han sido hechos para la contemplación. Y todo el mundo ha sido hecho para eso.

Las urracas y chocoyos hablan de Dios, y es Dios quien les enseñó a hablar. Todos los animales que cantan al amanecer, están cantando a Dios. Los volcanes, las nubes y los árboles, nos hablan a gritos de Dios. Toda la creación nos grita estridentemente, con un gran grito, la existencia y la belleza y el amor de Dios. La música nos los grita en los oídos y los paisajes nos los gritan en los ojos.

“Encuentro cartas de Dios dejadas caer en la calle, y todas ellas están firmadas por Dios”, dice Whitman. Y la hierba verde es un pañuelo oloroso con las iniciales de Dios en una esquina, como dice Whitman, que El ha dejado caer intencionalmente para que lo recuerden. Así es como entienden los santos a la naturaleza, y así es como la entendió Adán en el paraíso (y los poetas y los artistas la entienden también en cierta medida, y en ciertos momentos, como Adán y como los santos).

En toda la naturaleza están las iniciales de Dios, y todas las criaturas son cartas de amor de Dios para nosotros. Son llamadas de amor. La naturaleza toda está inflamada de amor, creada por el Amor para encender el amor en nosotros. Y no tienen otra razón de ser todos los seres y no tienen otro sentido y no nos pueden brindar otra satisfacción ni otro placer más que éste: el encender en nosotros el amor a Dios.

La naturaleza es como una sombra de Dios, un reflejo de su belleza y un resplandor. El lago quieto y azul tiene un resplandor de Dios. Sus huellas digitales están en cada partícula de materia. En cada átomo está una imagen de la Trinidad, una figura de Dios Trino y Uno: ¡y por eso tu creación nos vuelve locos, Dios mío!

Y todo mi cuerpo ha sido hecho también para el amor a Dios. Cada una de mis células es un himno al Creador y una constante declaración de amor.

Como el martín-pescador ha sido hecho para pescar y el chupa-flor para chupar las flores, así el hombre ha sido hecho para la contemplación, y para amar a Dios.

Dios está en todas partes, no sólo dentro del alma. Pero también está dentro del alma, y uno se ha dado cuenta de su presencia en el alma, y quiere gozarla, y por eso se retira uno a la soledad y el silencio: porque no quiere que ninguna otra criatura se refleje en el alma, y quiere que solamente haya en ella el reflejo de Dios, como el reflejo del cielo en el lago quieto.

Dios se refleja en la soledad y la paz, como el cielo en el lago en calma. Y basta que el alma se aquiete y se purifique para que en su superficie se comience a reflejar el rostro de Dios. Y el rostro de Dios es el Hijo del Hombre, el que se imprimió en el velo de la Verónica. Y es un rostro que asoma más opacamente también en toda la creación.

Somos sólo espejos de Dios, creados para devolver a Dios. El agua puede estar todavía turbia, pero aún así refleja el cielo.

LA naturaleza toda está llena de voz: todo en ella es canto y música y sonido; todos los seres susurran o suspiran, arrullan, trinan, silban, braman, aúllan, rugen, gimen, gritan, lloran o se quejan. El canto de las cigarras y los grillos y las ranas, y el silbido con que se llaman

las ardillas listadas, y todas las voces del campo, son oración. Y la voz humana es oración. Esta es la razón del silencio de los monjes contemplativos, que han consagrado su voz sólo para cantar en el coro, porque han comprendido que la voz es oración.

Y toda la naturaleza también está hecha de símbolos, que nos hablan de Dios. La creación entera no es más que pura caligrafía, y en esa caligrafía no hay un sólo signo que no tenga sentido. El trazo de los meteoros en el cielo y el rastro de los moluscos en la arena, el paso de las aves migratorias en las noches de otoño, la vuelta del sol por el zodíaco y los círculos de las primaveras y los inviernos en el tronco de un cedro, el dibujo instantáneo de los relámpagos y el serpentear de los ríos en las fotografías aéreas, todos son signos que transmiten un mensaje a aquellos que los saben leer. Y los que se extasían contemplando esos signos sin descifrarlos y sin saber que toda la naturaleza está escrita para ellos, son como la muchacha del campo que se divierte contemplando la bella escritura de un manuscrito que ha llegado a sus manos, pero sin saber leer, y sin saber que esos signos son una carta de amor que el emperador escribió para ella.

Y nosotros mismos somos también un signo de Dios, llevamos inscrita en cada uno de nosotros esa caligrafía divina y todo nuestro ser es también una comunicación y un mensaje de Dios. Hemos sido colocados como palabras más puras de Dios en medio de esta creación que es toda ella comunicación. Somos imágenes de Dios.

El hombre ha hecho a sus dioses a su imagen y semejanza porque Dios había hecho al hombre a Su imagen y semejanza.

La razón de ser del amor humano es porque el rostro del hombre es imagen y semejanza del rostro de Dios. Amamos a Dios en el rostro de los demás. Todo rostro humano es un rostro velado: es el velo de Aquel que no podemos ver cara a cara sin morir.

Hemos sido creados por un Dios Plural, un Dios que habló en plural al crear al hombre ("Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza") y es la imagen de esa Pluralidad, de la Trinidad de Dios, la que hay en cada hombre. O sea la imagen del amor: porque Dios es amor (amor mutuo) y hemos sido creados a la imagen de un Dios comunitario.

Esa imagen de Dios que hay en nosotros es la Faz de Cristo. La Faz de Cristo está impresa en nuestros rostros como en el velo de la Verónica. En toda cosa bella, en todo rostro bello de mujer está impresa esa Faz. San Juan Clímaco cuenta de un hombre que cuando veía una mujer bella se inflamaba de amor a Dios, y derramaba lágrimas dando gloria a Dios.

Y al pueblo judío le estaba prohibido tener imágenes de Dios, porque el hombre (Cristo) es esa imagen de Dios. Y aún los animales son también imagen de Dios, porque son imagen del hombre que es imagen de Dios (y por eso el hombre ama también a los animales).

La imagen de Dios ha sido borrada por el pecado (los demonios son rostros en los que ha sido borrada la imagen de Dios) y ha sido vuelta a imprimir en el hombre con Cristo. Con Cristo somos otra vez la imagen y la palabra de Dios, porque El es el Verbo, la Palabra y la Imagen del Padre ("El que me ve a mí, ve a mi Padre").

La Palabra de Dios (el Verbo) es una palabra que sólo se nos revela en el silencio.

El está en el fondo de cada ser, y está dentro de nosotros mismos. Para encontrarlo a El no es necesario caminar lejos, ni salir de uno mismo. Y no es necesario caminar lejos para encontrar la felicidad sino que basta encontrarse a uno mismo. Basta descender al fondo del propio ser y descubrir la propia identidad (que es Dios). Pero los hombres modernos tratan siempre de huir de ellos mismos. No pueden estar nunca ni callados ni solos porque eso sería estar con ellos mismos, y por eso los lugares de diversión y los cines están llenos de gente. Y si alguna vez quedan ellos solos y están a punto de enfrentarse con Dios, entonces prenden el radio o la televisión.

LA oración es algo natural en el hombre, como hablar, o suspirar, o mirar, o como el latir del corazón enamorado; y en realidad es una queja y un suspiro y una mirada y un latido enamorado. Es algo natural en el hombre y es un instinto, pero el hombre con su naturaleza caída tiene que aprenderlo de nuevo, porque es un instinto olvidado.

La oración no es más que establecer contacto con Dios. Es una comunicación con Dios, y no necesita ser con palabras ni aun con la mente. Uno puede comunicarse con la mirada, o la sonrisa o los suspiros, o con actos. Fumar puede ser también oración, o pintar un cuadro, o mirar el cielo, o beber agua. De hecho todos nuestros actos corporales son oración. Nuestro cuerpo formula una profunda acción de gracias en sus entrañas cuando sediento recibe un vaso de agua. O cuando en un día d calor nos zambullimos en un río fresco, toda nuestra piel canta un himno de acción de gracias al Creador, aunque esta es una oración irracional, que puede ser sin nuestro consentimiento, y aun a veces a pesar nuestro. Pero todo lo que hacemos podemos hacerlo oración. El trabajo es una oración existencial. Y el Señor Dijo a Angela de Foligno que El se complacía en todos los actos de ella, lo mismo cuando comía, o bebía o dormía; que se complacía en todo su ser y en el ejercicio de todas sus funciones orgánicas.

Cuentan Las Florecillas de San Francisco que la oración del hermano Maseo consistía sólo en decir U, U, U, U. Y que la oración del hermano Bernardo consistía en correr por el monte.

Dios nos envuelve por todas partes como la atmósfera. Y como la atmósfera que está llena de ondas visuales y sonoras pero nosotros no podemos verlas ni oirlas si no las sintonizamos por los canales debidos, así también estamos rodeados por todas partes de las ondas de Dios pero no podemos percibirlo a El si no lo sintonizamos por los canales debidos. Quien vive sólo en el mundo de las percepciones sensibles no puede captar estas ondas de Dios.

Y podemos comunicarnos también unos con otros a través de Dios, como una tele-comunicación a través de la atmósfera. Como dos amigos o dos enamorados pueden comunicarse a través del espacio aunque estén en dos ciudades muy distantes una de otra, y pueden estar más unidos a través de la distancia que lo están dos vecinos con una pared de por medio en una aldea.

Pero Dios está también infinitamente lejos de nosotros. Estamos separados de El por el infinito. Y la unión con Dios es siempre como la de dos enamorados separados por un vidrio, besándose a través del vidrio.

A Dios lo miramos en la oscuridad. Es como una película que comienza a verse en la pantalla hasta que se cierran las puertas y se apagan las luces, y conforme se va haciendo más oscuro, las figuras se van viendo con más claridad. O es como una casa en la que se han apagado todas las luces y sólo hay una lámpara encendida en una recámara interior, y uno camina a tientas entre las sombras tropezando con los muebles, a través de salas y galerías tenebrosas, llevados de la mano por alguien que conoce la casa.

Pero también la presencia de Dios es vaga, velada, y se va haciendo más vaga conforme Dios se acerca más. Es como una especie de film transparente, delicadísimo, que se interpone entre la percepción y la realidad. Y nosotros no debemos tratar de forzar esa vaguedad, de romper ese velo. Estamos tan cerca de El que no lo vemos.

La razón por la cual la gente no suele experimentar la presencia de Dios es porque estamos acostumbrados a que toda experiencia nos venga de afuera, y esta experiencia es de adentro, estamos volcados hacia el exterior, pendientes de las sensaciones de afuera, y entonces se nos pasan desapercibidos los toques y las voces de adentro.

Creemos que si Dios nos hablara sería con una voz material, que nos entrara desde afuera por los oídos.

O uno cree que esa presencia es uno mismo, y no reconoce Su presencia dentro de uno. No sabemos que en el centro de nuestro ser no somos nosotros sino otro. Que nuestra identidad es Otro. Que cada uno de nosotros, ontológicamente es dos. Que encontrarnos a nosotros mismos y concentrarnos en nosotros es arrojarnos en los brazos de Dios.

Nosotros estamos buscando siempre ese abrazo, pero equivocadamente, proyectándonos hacia afuera. Oímos la voz irresistible del amado llamando adentro, y creemos que está silbando afuera.

Y Dios está en todas partes, aun en Broadway, pero su voz sólo se oye en el silencio.

PARA Santa Teresa la vida es una noche pasada en una mala venta —como para Cervantes los castillos de las ilusiones humanas no son sino ventas. Pero para Santa Teresa el alma es un castillo, como los castillos de la meseta castellana. Y nuestro interior, el centro de nuestro ser en el que mora Dios, es la cámara nupcial de ese castillo. Para la mayoría de los hombres es la cárcel oscura a donde no bajan nunca. Pero es la habitación secreta y escondida, la cámara nupcial de cada uno.

Adentro de nosotros está el Amor. Dios está loco de amor, y su comportamiento por lo tanto es imprevisible. En cualquier momento el Amante puede cometer un disparate, porque como todo el que ama, no razona. Está borracho de amor.

El alma es la alcoba de la que sólo Dios tiene la llave. Y si El no entra, estará vacía. Los sentidos pueden saciarse de placeres hasta el hastío, pero el alma siempre estará vacía.

Yo vi Venecia y Capri y me fascinaron con su belleza, pero no quedé satisfecho. Algo faltaba. En el fondo de cada goce había una melancolía y una íntima angustia. Y ahora mis recuerdos son más irreales que tarjetas postales. Y todo no fue sino una vana visión.

Toda belleza es triste. En el fondo de todas las cosas hay amargura y gemido. Es el gemido cósmico de todas las criaturas, de que habla San Pablo. Pero la creación descansa de esta agonía metafísica en el hombre, cuando el corazón del hombre descansa en Dios.

Uno se cansa del cine, de las fiestas, de andar en yate. Pero uno no se cansa de Dios. Los trapenses no necesitan tener recreos porque toda su vida es recreo. Como los pájaros y las ardillas no lo necesitan, porque toda su vida, aun cuando trabajan buscando su comida, es un recreo y un perpetuo juego.

¿Y cuánto pagaría el rey del petróleo o el rey del acero por comprar esta paz? Pagarían todo el imperio del petróleo o del acero si la conocieran. Como todos los que la han conocido han dado por ella todo lo que tenían. Porque los millonarios buscan en el dinero la felicidad, y cualquier millonario daría todo su dinero si supiera que la felicidad está en otra parte. Los religiosos son esos hombres que han dado todo lo que tenían, o podían haber tenido, por esta felicidad.

Cuántos muchachos y muchachas están tal vez ahora en fiestas, en cines, en bares, en night-clubs, y han sido llamados por Dios a la vida mística, y tiene tal vez reservados para ellos los más altos dones de la contemplación y no lo saben, y tal vez no lo sabrán nunca en esta vida.

Cuántos hay que se abrazan a los placeres de los sentidos con un fervor místico. Bus-

can a Dios donde no está, y el no encontrarlo los lleva a la desesperación, a los vicios, al crimen, a la locura y al suicidio. Buscan la felicidad en el dinero, en las mujeres, en el vino, las diversiones, los night-clubs, con todo el poder de sus facultades que han sido creadas para la Visión Beatífica.

La muchacha más llena de sueños de amor y de deseo de cariño, la que más se inflama de amor o del deseo del amor, la que está más deseosa de vida, de romance y de amor, es la que tiene más capacidad de entregarse a Jesús. Es a El a quien busca en sus sueños, los bailes y el amor —sin encontrarlo. Y si Teresa de Lisieux se hubiera entregado a una vida frívola como se entregó a Jesús, se hubiera desgarrado los pulmones como se los desgarró el amor a Jesús.

Hemos sido creados para el amor, por un Dios que es Amor. Y el sufrimiento más intenso y más profundo del ser humano, y el dolor más intenso de cada uno de nosotros, se deben al amor. Y cuántos también viven en el mundo una vida monótona y estéril, sin amor, esperando un amor que les llene y que nunca llega. O sufriendo las amarguras del amor despedido. O el tormento del amor imposible o del amor perdido o el amor prohibido que no pueden satisfacer. O la tristeza del amor satisfecho pero que no llena. Y cómo estas vidas se podrían colmar de amor, y saciar su capacidad casi ilimitada de amor, de ternura y de entrega a otro ser, si se volvieran dentro de ellos mismos, el Amor Insatisfecho que dentro de ellos palpita y alienta. Cómo esas vidas se volverían un continuo raptó, y un constante idilio, y un perpetuo sonreír y suspirar y deliquios, un paraíso de amor. Pero esas vidas están sin amor, sintiendo que el tiempo pasa, pasan las primaveras, y se acerca la vejez, y no viene el amor. Y ven venir tal vez una vez más la primavera, pero no al amor.

DIOS es amor. Y el hombre también es amor, porque está hecho a su imagen y semejanza.

Dios es Amor. Y como es un ser infinitamente simple, si es amor no puede ser más que amor. Si es el Bien infinito, la Sabiduría infinita, la Verdad infinita, la Belleza infinita y la Justicia infinita, ello no quiere decir sino que es un Amor infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente real, infinitamente bello e infinitamente justo: pero es sólo Amor.

Y el hombre hecho a imagen de Dios es sólo amor. El hombre despierta a su vida racional y se da cuenta de que todo su ser es un sólo deseo, que es todo pasión y sed y un grito de amor.

La sustancia no falsificada de nuestro ser es amor. Somos ontológicamente amor. Y Dios es también como nosotros un grito de amor, una infinita pasión y una infinita sed de amor. La razón de nuestro existir es ese amor.

Y este amor de Dios y el nuestro, que son el mismo amor, es un amor que no podremos jamás apagar, como el fuego del infierno, y una sed que nunca saciaremos porque por más que le demos siempre nos pedirá más y más.

Y conservamos en nuestro ser y en todos nuestros movimientos el recuerdo de Dios, de donde hemos salido, aun cuando estamos lejos de Dios, como esos animales marinos que siguen recordando al mar en el laboratorio y se mueven todos los días de acuerdo con el ritmo de las mareas, aun cuando estén lejísimos del mar.

El corazón del Padre tampoco puede descansar hasta que la creación entera, como el Hijo Pródigo, regrese a su seno. Somos objeto de una infinita nostalgia de parte del Padre, y el Espíritu Santo es el suspiro de esa Nostalgia.

El Verbo de Dios se encarnó en nosotros por amor a nosotros y por amor al Padre, para amar en nosotros al Padre, para que Dios ame a Dios en millones de almas y millones de vidas.

Somos un invento del Amor, y hemos sido creado para amar. Somos alambres conductores de la corriente de alta tensión del amor, y por eso no debe existir amor propio en nosotros, porque el amor propio es aislador del amor. Y por eso debemos amar a los otros como a nosotros mismos, porque amarnos más a nosotros es interferir el amor. Debemos entregarnos totalmente al amor y permitir que su corriente corra a través de nosotros: ser transmisores del amor.

Todo ser creado, por el hecho de ser, tiene una comunión con el Ser de Dios; pero esta comunión en los seres irracionales es de un modo más imperfecto y limitado: el hombre es la única criatura que puede amar en todo el universo. Todo hombre nace con el corazón herido, como el corazón traspasado de Jesús. Y el hombre no es una pasión sin sentido, como dice Sartre, sino que es una pasión cuyo sentido es Dios.

DIOS no nos ama en conjunto sino individualmente. El mero hecho de ser es la prueba de su amor infinito y eterno, porque desde toda la eternidad nos escogió de entre un número infinito de seres posibles, a todos los cuales apartó condenándolos a la no existencia. Y de entre todos esos te escogió sólo a tí. Sólo a tí te tocó ese número, no entre miles o millones de seres, sino entre un infinito de seres que pudo haber escogido en vez de tí y no los crió. Eres una elección entre un infinito de posibilidades y el solo hecho de que eres es la mayor prueba de la predilección de Dios para tí.

Cada uno de nosotros es irremplazable, como un ejemplar único en una colección, porque Dios es un artista que no se repite ni se plagia. Ni una hoja se repite, ni se repiten las huellas digitales de una persona, y tampoco un alma se repite. Y aquella que se pierde Dios no la repetirá en toda la eternidad y Dios sentirá esa pérdida eternamente. Dios lo ama a uno más de lo que uno se ama a sí mismo. Lo ama a uno desde que es Dios, y lo ama como El se ama a sí mismo, ¡y cómo será el desgarramiento de Dios cuando es separado eternamente de uno!

Dios es amor. Y es el amor despreciado. Esta es la gran tragedia de Dios. Nosotros a veces lo vemos como tirano, exigiendo siempre más y más, pero no es más que el amor suplicando. ¡El Creador de todo el universo mendigando tu amor!

Dios lo ama a uno como si no existieran más que dos seres en todo el cosmos: Dios y uno. Dios no necesita del hombre para ser feliz, pero ama al hombre como si fuera eternamente infeliz sin el hombre. Aunque vivió toda la eternidad sin necesitar del hombre, se humilla como un esclavo por amor a nosotros como si no pudiera vivir un momento sin nosotros. Dios ama tanto al alma, dice Santa Catalina de Génova, que parece que Dios fuera esclavo y el alma fuera Dios.

A veces parece que Dios se ha olvidado de todo el universo y que sólo quiere conversar con uno.

Como el enamorado que se mantiene todo el tiempo pensando en la amada lejana, así Tú has soñado conmigo desde antes que yo naciera: desde toda la eternidad.

Y nosotros somos también una nostalgia de Dios, una gran nostalgia que cada uno trae cuando nace. Ser, para nosotros, es estar exilados de Dios. Dios es amor, y nosotros creados a imagen de Dios, somos amor. Todas nuestras células son amor, creadas para el amor, como el grano de incienso es para el fuego: y todo nuestro ser es combustible de ese fuego.

Lo único que nos separa de Dios es el ego, el amor a uno mismo. Por eso la unión con Dios se realiza sólo mediante la muerte del ego. O Dios o el yo. Apenas desaparece el ego dentro de uno, uno es habitado por Dios.

Basta decir otra vez el Fiat de María para que se realice otra vez en nosotros la encarnación de Dios. Es una transubstanciación que se efectúa en nosotros como la del pan y el vino, y nuestra carne y sangre se convierten entonces en Cristo: en la carne y la sangre de Dios. Nos convertimos en eucaristía; en un holocausto de amor.

La unión mística para San Bernardo es un mutuo comerse: un mutuo tragarse de Dios y el alma. El amor tiende siempre a hacer de dos cosas una sola. Aquí en la tierra nunca llegan dos seres a ser una sola cosa. Sólo Dios llega a hacerse una sola cosa con el alma, sin que dejen de ser dos.

TODO ser humano nace con las entrañas heridas por este amor, nace con una sed. "Mi alma está como tierra sedienta delante de tí" (Salmo 142). El comer y el beber el Creador los ha puesto en la naturaleza como símbolos materiales de ese amor.

Esa sed de Dios es la ansiedad reflejada en los rostros de todas las gentes que andan en las calles, y que entran a las tiendas, a los cines, a los bares. Todo mundo va con un deseo, con muchos deseos, con un infinito de deseos: una copa más, un dulce más, una mirada más, una palabra más, un beso más, un libro más, un viaje más. Siempre más y más y más. Todos los rostros heridos por la ansiedad y el deseo. Y los que hemos escapado de esa esclavitud de los deseos nos sentimos como los que recuerdan los campos de concentración nazis o los trabajos forzados de Siberia de donde han escapado.

Uno cree que se puede conformar con un poco más, pero siempre estará deseando más y más. Uno cree que se conformaría con una pequeña casa y un auto, una bella esposa y los hijos. Pero ese hombre saldrá siempre a la calle con la misma ansiedad en su rostro. Buscará siempre cosas nuevas con la misma avidez. Comprará el periódico con la misma avidez, lo tirará en la calle y quedará siempre igualmente insatisfecho. Es como la enfermedad de tener que estar siempre comiendo y comiendo sin poderse saciar jamás.

Porque como decía Platón, el cuerpo humano es una ánfora rota que no se puede llenar jamás. Los sentidos pueden estar ahitos de placeres, pero el alma estará siempre insaciada. Esos placeres de la periferia corporal no habrán llegado hasta ella y sólo habrán servido para hacerle agua la boca y exacerbarla, porque sentirá que no ha llegado siquiera a sus labios la copa de la dicha.

Es como pretender saciarnos con un alimento que no llena, o con un vino que no embriaga. La comida llena y el vino embriaga, pero no sacian nuestro íntimo deseo sino que lo avivan más, y prácticamente es como si no llenaran ni embriagaran. Pueden hastiarnos, pero no saciarnos.

Y como nos damos cuenta de la profundidad de un pozo cuando arrojammos en él una piedra y no la oímos caer, así nos damos cuenta de la profundidad de nuestra alma, cuando caen en ella cosas y desaparecen sin que las oigamos caer.

Puesto que Dios está en el fondo de cada alma, el fondo del alma es infinito, y no se puede llenar con nada sino con Dios. Un vino que sacie tendría que ser infinito. Y sólo sacia el agua que Cristo ofreció a la samaritana junto al pozo, y que es ese vino.

Pero en los claustros se ven caminar a los hombres satisfechos y colmados, sonrientes, sin la arruga de la ansiedad en sus rostros. San Ignacio de Loyola decía que si lo obligaran a disolver la Compañía, en 15 minutos recobraría su paz interior.

Y así también andan los animales. No andan nunca ansiosos, sino que todos ellos circulan tranquilos y colmados, como los monjes.

Los hombres no están nunca satisfechos con las cosas de la tierra porque no han sido creados para ellas. Los animales sacian sus necesidades y no necesitan más. No hay ninguna sed de infinito en ellos, y esta tierra es su cielo. Por eso los animales no se decepcionan de la vida nunca ni se suicidan, porque han sido creados para esta creación. (Y todos los animales también son santos, con su santidad animal: son castos, y pobres, y obedientes, como los monjes, y son humildes).

Pero todo nuestro ser está diseñado para amar a Dios, y para poseerlo y gozarlo, como el cuerpo de la macarela está diseñado para nadar en el agua y el de la gaviota para volar sobre el mar.

Y como un teléfono ha sido diseñado para hablar por teléfono y no para otra función: así también el hombre no ha sido creado para gozar de esta vida sino para gozar de Dios, y para amar a Dios, y por eso sólo con Dios somos felices.

Y aunque no hemos visto a Dios, somos como aves migratorias, o peces migratorios, que han nacido en un lugar extraño, pero que cuando llega el invierno sienten una inquietud misteriosa, una llamada en la sangre, la nostalgia de una patria primaveral que no han visto nunca, y parten hacia allá, sin saber adonde. Han sentido el llamado de la Tierra Prometida. La voz del amado que llama: "Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven: que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias". (Cantar de los Cantares 2, 10).

EL alma humana nace enamorada. Pero no ve al amado de quien está enamorada, y como hay un reflejo de ese amado en todo lo creado, uno desde que nace tiende a abrazar todas las cosas. El niño tiende sus bracitos ávidos hacia todo lo que ve, y quiere llevar a la boca todo lo que toca, y todo lo quiere tocar y tragar. Después cuando crece se abraza a sus juguetes, y ya hombre continuará siempre abrazado a todas las cosas. Pero no se sacia nunca, porque lo que uno abraza no es Dios: a no ser que uno un día se desprenda de las cosas y abraze a Dios. Pero a Dios sólo se le encuentra en la nada. Allí donde ya no hay cosas está Dios.

Las cosas no pueden poseerse, y con ellas estaremos siempre insaciados. "¡Oh mundo, no poder abrazarte lo bastante!" exclama Edna Saint Vincent Millay, la poetisa que cantó tanto los abrazos. Y ésta es la gran angustia del corazón humano, el desear poseer el mundo y no poder poseerlo (las estrellas que hicieron llorar a Alejandro por no poder conquistarlas). Y de-

séamos poseer el cuerpo humano en el amor, y tampoco él puede nunca poseerse totalmente. Sólo a Dios puede poseerse totalmente. Sólo a Dios podemos abrazar, porque los brazos del alma humana han sido creados para abrazar el infinito y nada más.

Ni el mundo ni la mujer pueden ser abrazados ni abrazar, y ni el mundo ni la mujer sacian sino que sólo Dios es el único que sacia.

Dios da la dicha del placer sin necesidad del placer, y la embriaguez del vino sin beber vino. En El está la esencia de la embriaguez. El es todos los placeres y alegrías y deleites, y todo el amor, pero en un grado infinito, no como las sombras de placeres y alegrías y deleites y las sombras del amor que nosotros hemos perseguido.

En El están concentrados la belleza de todas las mujeres y el sabor de todas las frutas y la embriaguez de todos los vinos y la dulzura y amargura de todos los amores de la tierra, y probar una gota de Dios es quedar loco para siempre.

Un hombre que ha probado una gota de esa dicha ya no puede seguir llevando la misma vida de antes, asistir a su oficina todos los días y mantener las convenciones sociales, sino que es un hombre que se vuelve loco y hace disparates: puede salir a la calle en harapos y con un cucurucho en la cabeza para que se rían de él, o predicar en las calles, o encerrarse por el resto de sus días en una celda, o besar a los leprosos. Es lo que la gente llama una "conversión"

Amarte es ahora la única razón de mi existencia y mi única profesión y mi único oficio. Me he entregado a Tí con la misma pasión con que antes me entregué a la belleza de las muchachas y me he rendido a Tí como me rendí ante ellas y me he dado por entero a Tí como me daba a ellas. Y sé que me amarás y saciarás mi sed de amor como no me amaron ni me saciaron ellas. Y sé que encontraré en Tí los rasgos bien conocidos de todos los rostros bellos que yo he amado en mi vida. Te amo con el amor que tuve para todas las creaciones de tus manos, y especialmente con el amor que tuve para las muchachas, las más bellas de tus creaciones, a las que antes amé con la vehemencia y la intensidad del amor a Dios —las amé como a Dios— y a las que ahora yo ya no amo. Ha quedado sólo la sed, el ardor de un sahara, un hambre de amor que es casi cósmica, una ansia insaciable, un corazón vacío. Todos mis amores han muerto, y no queda más que el tuyo, el amor a Tí a quien ahora amo con todo el amor. Ten compasión de mi corazón vacío.

DIOS es amor. Pero el amor siempre es algo a algo o a alguien. Dios es amor ¿a quién? Amor a Dios naturalmente. Pero es amor a Dios (que es amor). Amor al Amor. Amor a un amor que es también amor al amor, y así hasta el infinito, y por eso Dios es infinito. Amor infinito a un infinito amor, o una infinita correspondencia de amor.

Por eso Dios es mutuo. Es uno y son dos a la vez, dos unidos en uno, y esa mutua unión de dos es también Dios y por eso Dios también es tres y uno. Amor del Amor, Dios es el Amor que se Ama, como un espejo que se refleja en otro espejo y son infinitos espejos o un espejo infinito. Dios es Trino porque es Amor, proyección infinita, procreación y transmisión de sí mismo y entrega de amor. Y es Uno porque es amor, unidad, identificación y comunión de amante con amado y abrazo de amor.

Y amar a Dios es participar de Dios, porque Dios es ese amor a sí mismo. Pero no es un

amor egoísta el de Dios, sino de entrega, porque Dios no es Amor Propio, sino Mutuo; porque Dios es Amor.

Y amar a otros es también participar de Dios. Lo que amamos en los otros es lo que hay de divino en ellos. Y lo divino que hay en nosotros es lo que los ama a ellos. Y lo que ellos aman en nosotros es lo que nosotros tenemos de Dios. Todo amor mutuo es pues algo del Dios que se ama mutuamente.

Los que se aman se comunican un don que es la sustancia misma de Dios. Si Dios fuera solamente Unidad, sería totalmente solo, sin generación, y por lo tanto un Dios sin amor y un Dios estéril. Pero El es la unidad en la división. Toda la división y el número que existe en todo lo creado procede de El. Y también toda la individualidad y la unidad que hay en todas las cosas. Nuestra unión de unos con otros es una imagen de esa Unión. Y nuestra unión de todos con Cristo es una participación de esa Unión de la Trinidad.

El amor de Dios a sí mismo no es un amor propio y egoísta, sino que ese amor a sí mismo es el de una Persona a otro Persona, a un infinito Otro. Y hay una diferencia infinita entre las dos Personas, y el amor entre los dos es otra infinita Persona que también es Dios.

Y el Hijo ama a su Padre a través de nosotros como a través de un hilo conductor, cuando no hay egoísmo en nosotros, con ese amor a Dios que también es Dios, que es el Espíritu Santo, "el Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo", como dice San Pablo.

El Espíritu Santo es el amor de los dos, es inspiración y aliento y beso. El Verbo es la palabra de Dios, y el Espíritu Santo es el gemido y el suspiro de Dios, y un arrullo de amor. El Hijo es la proyección y la expresión de Dios, el diálogo de Dios, y el Espíritu Santo es el suspiro de dos que se aman.

Este es el dogma del amor, el dogma de la Santísima Trinidad. El misterio de que Dios no es Solo De que Dios es Unión, y Comunión, y Comunismo.

San Ignacio se emocionaba hasta las lágrimas en las calles de Roma siempre que veía cualquier cosa que fueran tres: tres palomas, tres hombres, tres estrellas en el cielo, tres niñas jugando, porque le recordaban este misterio de amor de la Trinidad. La Trinidad es el amor. Toda familia humana, con el padre, la madre y el hijo, son una imagen de la Trinidad, como lo es toda la fecundidad de la naturaleza, porque en la naturaleza también todo es trinidad y todas las cosas que existen han nacido de otras cosas y toda cosa se une con otra y hacen dos y una nueva nace de esa unión.

Dios es Trino y Uno, pero su Número no es como el de nuestro sistema métrico de 1, 2, 3, 4, sino que es un Uno infinito y un infinito Tres, y en El cabe todo número y toda unidad.

Dios está sobre todo número, como su nombre (el Verbo) está sobre todo nombre, pues mientras todo otro verbo y todo otro nombre es una significación y un símbolo de la cosa significada, el Verbo Infinito es aquello significado, que es infinito. Es el nombre infinito de una realidad infinita, y el nombre es la misma realidad. Cuando Dios dió su nombre dijo "El que Es", o sea: Aquel cuya existencia está comprendida en el nombre. O Aquel que no tiene nombre sino que Es. O cuyo Nombre es Existencia. Y este es el nombre que el Padre dió a su Hijo; "un nombre que está sobre todo nombre", como dice San Pablo: por encima de nuestra semántica, y que trasciende todo lenguaje. "Este nombre glorioso y terrible, Y.A.H.V.E.H., tu Dios" (Deuteronomio 28, 58)

EL ateo que niega la existencia de Dios también afirma, en parte, una verdad de Dios: la no existencia de Dios, en el sentido en que las otras cosas existen —o lo que los teólogos llaman la "trascendencia" de Dios. También el Pseudo-Dionisio, el Maestro Eckart y Suso y otros místicos llaman a Dios la Nada, la Gran Nada. Porque Dios no es ninguna cosa, como son todas las cosas, sino que es Nada en comparación con las cosas. Es un No ser. Si llamamos existencia a la que tienen todas las cosas, Dios no existe. Y si llamamos existencia a la de Dios, entonces ninguna otra cosa existe. Sencillamente es tan diferente de todo cuanto existe que es como si no existiera. O bien, si El Existe, todo lo demás es nada ante El. En cierto sentido pues, Dios no existe, y en cierto sentido sólo El existe.

Y tienen también razón los ateos, en cierto sentido, al negar a Dios: porque por Dios entienden un Dios antropomórfico, un Dios que no existe, un Dios que no es más que una fábula infantil. Pero cuando ellos sienten que existe algo vago e incomprensible y misterioso que ellos mismos no saben qué es ni cómo se llama, pero se niegan a llamarle Dios y a darle ningún atributo de Dios: entonces están afirmando también, oscuramente, la existencia de Dios, de un Ser que no puede comprenderse ni imaginarse y que nadie puede mirar sin morir. El Dios de ellos es también el Dios Desconocido del Areópago de Atenas: que Pablo dijo a los atenienses era el Dios Verdadero, y que ellos lo adoraban sin conocerlo.

Dios es no solamente luz, sino también tinieblas. El concepto de la "Nada" que los ateos tienen de Dios, es el mismo que los místicos han conocido de Dios pero experimentalmente: han tenido una experiencia personal de esa Nada, han comprobado que es un abismo sin fondo de dulzura y amor, y han sentido su caricia y su beso.

Dios es luz y tinieblas juntamente; o mejor dicho no es ni luz ni tinieblas, sino que al crear el mundo separó para nosotros la luz de las tinieblas. Y la experiencia mística es una experiencia de esas tinieblas de Dios, o de esa realidad de Dios en la que no hay separación de luz y tinieblas, y de la cual han sido creados juntamente el día y la noche. Porque Dios es también el creador de la noche, y El también es Noche. Noche de amor y de misterio. Y nosotros salidos de allí conservamos siempre la nostalgia de esa Noche.

Dios es infinitamente Bello pero podría decirse también que hay una "fealdad" en Dios, porque su belleza está más allá de todos nuestros cánones de belleza. "Para crear algo nuevo uno siempre tiene que harcerlo feo", ha dicho Picasso. Y Dios es Novedad infinita. Conocemos las perfecciones invisibles de Dios por el mundo visible, ha dicho San Pablo. Y la fascinante belleza de ciertos reptiles y de ciertos insectos, de los monstruos del fondo del mar y de los monstruos del microcosmos, nos revela lo que será la belleza terrible y eternamente nueva de Dios.

Y Dios también tiene humor: es Humor infinito. Una lagartija verde, un conejo, un chapulín, un protozooario, una mantis religiosa, nos revelan lo que será el Humor infinto de Dios.

Y Dios es no solamente infinitamente grande, sino que como dice el Pseudo-Dionisio: "Dios es también pequeño". Es infinitamente pequeño. Y así como al asomarnos al macrocosmos en el telescopio contemplamos una imagen de la infinita grandeza de Dios, así también al asomarnos al microcosmos en el microscopio podemos descubrir la pequeñez infinita de Dios. Y si el cielo estrellado o el mar proclaman la majestad de Dios, los ojos de los insectos o el aparato digestivo de las hormigas proclaman también la humildad de Dios. Porque si puede decirse que Dios es más grande que todo el universo, también puede decirse que Dios es más pequeño que un átomo.

"Todo lo que digas de El es falso", dice el Maestro Eckart.

A veces uno siente Sus ojos clavados en uno, mirándolo fijamente, infinitamente, con una intensidad infinita, fijos en uno desde toda la eternidad. Otras veces uno siente que su alma lo mira, abriendo inmensamente los ojos, toda ella asomada en la mirada, toda el alma convertida en mirada, y su mirada y la de El se confunden como si El estuviera dentro de sus pupilas, amado o amada confundidos en una sola mirada. Otras veces el alma pequeñita se siente abrazada por el amado, o se hace ella toda brazos para abrazarlo a El. A veces sólo se abraza el aire, y otras veces uno siente inconfundiblemente el contacto del amado. A veces es una caricia sutilísima que envuelve la piel y el alma, con un escalofrío que recorre la piel y el alma (porque "si el alma no es el cuerpo" ¿qué es el alma?"). A veces toda el alma suspira, hecha toda ella un puro suspiro, amando y amando con cada latido y con cada aspiración y expiración, con todas las células y las glándulas y los órganos, como una llama de amor incesantemente subiendo y bajando, y subiendo y bajando.

El alma es mujer, y a veces en la presencia de El el alma se vuelve un poco coqueta, sabiéndose amada y consciente de sus encantos y de su dominio sobre el amado, y a veces se vuelve también un poco tiránica sabiéndolo rendido y sabiéndose dominadora, pero sabiéndose también totalmente rendida y dominada.

Y de noche el alma duerme sonriente y confiada, sintiéndose amada y acariciada tiernamente por el amado, acunada en sus brazos. A veces se despierta de noche sintiéndose besada, y sintiendo un rostro desdibujado muy cerca de su rostro, el rostro borroso del velo de la Verónica.

Hoy te he estado mirando largamente con ojos húmedos y tristes, los ojos de hambre con que mira mi alma, Fuente de la belleza y la gracia de todas las muchachas, creador de sus cabellos y de sus ojos y sus sonrisas y sus trajes, y de todas las bellezas del mundo que no son sino resplandores de tu Belleza, y de todos los amores del mundo que no son sino resplandores de tu Amor: los ojos del enamorado iluminados por la visión de la amada, el amor de dos pajaritos juntos, los amores de todos los hombres y de todos los animales. Estamos solos en la capilla Tú y yo, mientras afuera en la carretera están pasando los automóviles del mundo, y en estos momentos no tengo nada ni a nadie. Estoy desprendido de todo y solo en todo el universo. Y sin embargo, todo lo tengo, estoy feliz y no me hace falta nada, nada deseo. Porque lo que los otros buscan en la mujer, y la familia, y los amigos, y las fiestas, lo tengo yo aquí. Lo que el poeta busca en la poesía y el pintor en su pintura lo tengo yo aquí.

Lo que el dictador busca en el poder y el rico en el dinero y el bebedor en el vino, y lo que antes busqué yo también inútilmente, todo eso lo tengo aquí. Toda mi vida está aquí y todo mi mundo y todos mis amores. Y tengo toda esta riqueza, yo que no poseo nada. Y tengo toda la alegría, y toda la paz, y toda la belleza y todo el amor. Y estoy saciado de todo, y no deseo nada. Te tengo a Tí y tengo todo porque Tú eres dueño de todo: todos los astros, y todos los países, y todos los paisajes, y todos los seres de la tierra.

Mi hígado, mi cerebro, mi corazón, todos mis órganos y mis glándulas existen para amarte. Todas las cosas del universo, la poesía, la belleza de las muchachas, los paisajes, los vinos, la amistad, los días y las noches, han sido creados para que te ame.

Que te ame con toda mi capacidad afectiva, con toda mi inteligencia y mi imaginación, y con toda la ternura de que soy capaz, y con toda la sensibilidad y el sentido poético que posea. Que te ame también con todas mis pasiones y apetitos y con toda mi violencia. Y también con toda mi dulzura y con toda la pasión y el fuego y el deseo insaciable de posesión que puse en el amor de todas las criaturas. Las criaturas que fueron tiránicas para mí: "Mis hermanos airados contra mí pusieronme a guardar viñas, y mi viña no guardé". (Cantar de los Cantares 1, 6).

DE pronto el alma siente Su presencia en una forma en que no puede equivocarse y con temblor y espanto exclama: "¡Tú debes ser el que hizo el cielo y la tierra!" Y quiere esconderse, y desaparecer de esa presencia y no puede, porque está como entre la espada y la pared, está entre El y El, y no tiene dónde escapar, porque esa presencia invade cielos y tierra y la invade también a ella totalmente, y ella está en Sus brazos. Y el alma que ha perseguido la dicha toda su vida sin saciarse nunca y buscado todos los instantes la belleza y el placer y la felicidad y el gozo, queriendo siempre gozar más y más y más, ahora en agonía, ahogada en un océano de deleite insoportable, sin orillas y sin fondo, exclama: "¡Basta! ¡Basta ya! ¡No me hagas gozar más, si me amas, que me muero!" Penetrada de una dulzura tan intensa que se vuelve dolor, un dolor indecible, como algo "agri-dulce" pero que fuera infinitamente amargo e infinitamente dulce. Todo es tal vez en un segundo, y tal vez no se volverá a repetir en toda su vida, pero cuando ese segundo ha pasado el alma encuentra que toda la belleza y las alegrías y gozos de la tierra han quedado desvanecidos (son "como estiércol", como han dicho los santos) y que ya no podrá gozar jamás en nada que no sea Eso y ve que su vida será desde entonces una vida de tortura y de martirio porque ha enloquecido, está loca de amor y de nostalgia de lo que ha probado, y va a sufrir todos los sufrimientos y todas las torturas con tal de probar una segunda vez, un segundo más, una gota más, esa presencia. Amistades, vino, mujeres, viajes, fiestas, todo se ha desvanecido para siempre y el alma ya no conocerá jamás otra dicha más que la dicha que ha probado.

TODO hombre posee una alcoba interior. En el interior de cada ser humano hay un tálamo nupcial, al cual sólo tiene acceso el esposo. Todos tenemos dentro de nosotros una intimidad oscura, un cuarto cerrado, un lugar que ha sido creado para el amor, un paraíso interior, pero la mayoría de los hombres no lo sabe.

Y por eso la mayoría de los hombres tienen el interior vacío, sin amor. Porque el amor humano, ni aún el más intenso, no llega nunca a violar ese interior. Es la alcoba del vino. Es el lugar del que habla la esposa del Cantar de los Cantares: "Me introdujo en la cámara del vino". El esposo afuera está golpeando, como lo dice en el Apocalipsis: "Mira que estoy a la puerta y llamo, si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo".

Todo hombre escucha en el fondo de su ser ese llamado. Es la voz quejumbrosa que Nietzsche decía oír en su corazón y que le producía dolor y miedo. Es la voz del Cantar de los Cantares: "Abreme, hermana mía, esposa mía, paloma mía, inmaculada mía. Que está mi cabeza cubierta de rocío y mis cabellos de la escarcha de la noche". Pero la amada desde su lecho responde: "Ya me he quitado la túnica. ¿Cómo volver a vestirme? Ya me he lavado los pies. ¿Cómo volver a ensuciármelos?"

Y la mayoría de los hombres llevan en lo más profundo de su ser un tálamo vacío, con una voz dolorosa que se escucha a veces en el silencio de la noche, y unos golpes en la puerta. Por eso el interior de la mayoría de los hombres es triste. Puede haber risas y fiestas afuera, y uno acude afuera de sí a responder el llamado que está escuchando dentro.

Tienes dentro de tí las caricias, la presencia y el amor, y tú estás solo. Si te vuelves hacia adentro lo hallarás, pero no lo haces, porque antes tendrías que pasar por la agonía de renunciar a todas las cosas y aun a tí mismo, porque el amado está llamando más adentro de tí mismo, o mejor dicho, en tu más profundo tú, tan profundo que tú crees que está más allá de tí mismo. Está más adentro de tí que tu conciencia y que tus sueños.

Vida en el Amor
de Ernesto Cardenal
(Continuación)

Y tú tienes horror de estar solo. En el tren, o en la antesala del doctor, o dondequiera que estés, tienes horror de estar solo, sin un libro o una revista que leer y sin nada que ver o hacer o decir. Y mientras tanto tu única compañía continúa afuera con los cabellos llenos de rocío.

El hombre ha sido creado para el amor; solamente para amar a su creador. Y todo el tiempo que no emplee en ese amor es tiempo perdido

El amor es la única ley que rige el universo. La ley que mueve al sol y las demás estrellas, como dice Dante, porque es la ley de cohesión que une todas las cosas. La materia de que está hecho el universo es amor. Todo cuerpo en el universo ejerce una fuerza de atracción gravitacional sobre todo otro cuerpo. La tierra atrae hacia sí a todos los objetos que están en ella y todos ellos se atraen también hacia sí mutuamente. La tierra atrae a la luna y el sol atrae a la tierra y la luna y los demás planetas, y a todas las estrellas del cielo, aun a las más lejanas, y todas esas estrellas están también atrayendo al sol y a los planetas, y a la tierra con todo lo que hay en ella, y a todas las demás estrellas, con atracciones iguales pero opuestas. Y cada partícula de materia en el universo atrae a toda otra partícula de materia. Aun cuando dos cuerpos estén en un vacío absoluto, sin que haya ninguna conexión entre ellos, sabemos que se están atrayendo intensamente. El amor es estar juntos. Y el amor es nuestra única dicha.

Y toda alma que Dios crea la crea enamorada. Esta era la inquietud inmensa del corazón de Agustín, hasta que por fin entendió por quién latía su corazón y a quién amaba.

Dios es ese sentimiento íntimo de soledad, y la conciencia de que existe un compañero, con que todos nacemos

Y está dentro del alma. Allí donde reside el sueño, en la oscuridad del subconciente, en las profundidades de la personalidad.

En esa intimidad que no se comunica a nadie, ni a la esposa de uno ni a uno mismo. En la fuente de los sueños, de los mitos y del amor: allí tiene su tálamo el Amado. Cuando esa alcoba nupcial está vacía, entonces el hombre está habitado por dentro por la soledad, el miedo, la melancolía y el tedio. Podrás estar lleno de dinero y de propiedades y tener grandes depósitos en los bancos, tu casa puede estar llena de todo, pero tú en tus adentros, estarás vacío. Entonces de ese interior vacío, sin Dios, sopla el viento helado de la soledad. A veces de noche, esa alma reprimida, privada por tanto tiempo de la caricia de Dios (tal vez después de una noche de placeres y de fiestas) se despierta aterrorizada por su propia soledad, y otras veces en mitad de la noche se despierta y llora.

LO que creemos la realidad, la realidad que nos entra por los sentidos, es como una película en tecnicolor. Es real, pero es real como una película en tecnicolor. Afuera hay otra realidad. En esta película hay amor, y nos puede hacer amar y llorar, y olvidar que afuera está el día y la primavera y el verdadero amor, y la voz del amado que llama en primavera: "Ven amada mía, ya ha pasado el invierno".

Pero esta realidad no la percibimos por los sentidos, sino en la oscuridad de la fe. Esta realidad es como una corriente de luz que corre, oscura, en los alambres eléctricos. Y esta voz es como esas ondas de música muda que se transmiten en el espacio a través de grandes distancias.

La voz de Dios uno la quiere clara, y no lo es. No lo es porque no puede ser clara para los sentidos. Pero es profunda. Es una voz honda y sutilísima e inexplicable. Es como una honda angustia en el fondo del ser, allí donde el alma tiene su raíz. Es una voz en la noche. Vocación quiere decir llamada y una voz en la noche. Una voz llama y llama. Uno oye y no ve. La queremos clara como el día y es profunda como la noche. Es profunda y es clara pero con una claridad oscura como la de los Rayos X. Y llega hasta los huesos.

Porque la voz del amado es existencial y no es verbal. No resuena en los oídos, ni en nuestra mente, sino más hondo, allí donde El habita, en lo más hondo de uno. La llamada es un descontento, un desencanto de todo. No es con palabras sino con hechos, con circunstancias, con realidad. No es superficial, y por eso nos parece que no es clara, porque solemos vivir en lo más superficial de nosotros mismos, donde nos comunicamos unos a otros con palabras, sino que es profunda, porque Dios habita en el fondo del ser. Y su voz es un silencio.

La llamada de Dios —la vocación— es doble. Dios lo llama a uno diciéndole: "Ven y sígueme". Es un llegar y es un seguir. Es hallar y un seguir buscando. Porque como dice San Gregorio de Nisa: "Hallar a Dios es buscarlo incesantemente". La llamada de Dios es una llamada constante, a lo desconocido, a la aventura, a seguirlo en la noche, en la soledad. Es una llamada incesante a ir más allá, más allá. Porque Dios es dinámico, y no es estático (como su creación también es dinámica) y llegar a El es avanzar siempre. El llamado de Dios es como un llamado a ser explorador, una invitación a la aventura.

Es la voz de un pájaro que se oye en la noche, y llama y llama. Y es respondida por otra voz más lejana de otro pájaro. Este se acerca, y aquel se aleja más siempre llamándolo. El que lo sigue se acerca más, y el otro se oye más lejos aún. La voz del que lo sigue se oye ya lejos también. Y las dos voces se pierden en la noche.

EL que ama a Dios quiere estar solo. Es como el deseo de soledad que sienten los novios, que quieren estar solos y que nadie interrumpa su intimidad, porque toda otra persona les es extraña. Y por eso los que han sentido el amor de Dios se retiran al silencio y a la soledad.

"El alma no puede vivir sin amor", dice Santa Catalina de Siena. El que no ama a Dios, ama otras cosas. El amor que uno siente por Dios es el mismo que antes ha sentido por las otras cosas. Y el que ama solo a Dios, lo ama con el amor con que antes amó a miles de cosas, y lo ama con la fuerza inmensa de quien no ama más que una sola cosa en todo el universo, y con un amor total y universal.

El amor es que otro habita dentro de la persona de uno. El amor es una presencia. Es sentirse de otro, y sentir que otro es de uno. El amor es sentirse dos, y sentir que dos son uno mismo. El amor es saberse amado, sentir la presencia de otro que lo ama a uno y le sonríe. Amar es querer ser otro, y saberse otro, y saber que el otro quiere ser uno, y que es uno. Es estar vacío de uno, y lleno de otro. Cuando uno mira al amado, toda el alma se vuelca en la mirada. Cuando uno suspira toda el alma se vuelca en el suspiro. Es saberse dos y sentirse identificado con toda pareja de dos seres que uno ve: dos enamorados, dos nubes, dos palomas que pasan volando, dos estrellas.

El sentimiento de soledad y mi suspirar de noche antes no hallaban eco en nadie, caían en el vacío. Yo estaba solo. Ahora mi suspirar ha encontrado un eco, se dirigen a un Alguien

que lo escucha, a quien yo no puedo ver en la oscuridad ni escuchar, pero casi escucho, cerca de mí pero adentro, más adentro de mí que yo mismo, su propio suspirar

Y ese alguien eres Tú. Entiendo tu amor y cómo me lo perdonas todo, porque yo antes también cuando había estado enamorado con otros amores, al igual que Tú, perdonaba todo —setenta veces siete— y conozco cuáles son tus reacciones porque conozco la psicología del enamorado. Los amores que antes tuve me han enseñado lo que es este amor. Sé cómo me amas, porque yo también he amado antes, y sé lo que es un amor apasionado y obsesionante y lo que es estar locamente enamorado, perdido por alguien. Y Tú estás perdido por mí y me amas con locura.

Me amas con todas mis debilidades, con todos mis defectos heredados y adquiridos, con mi modo de ser tal como es, con mi idiosincracia y mi temperamento, mis hábitos y mis complejos. Me amas tal como soy.

Mi alma ha quedado abierta O alguien que ya no soy yo tiene la llave. Y ese Alguien entra y sale cuando quiere.

“EL Reino de los Cielos es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas a su hijo ”

En el cielo no habrá matrimonio, dijo Cristo. Esto es, no habrá matrimonios de unos con otros, porque no habrá más necesidad de generación (el Cuerpo Místico estará completo) y porque habrá un solo matrimonio: Las Bodas del Cordero.

El cielo es matrimonio, mientras que el infierno es el amor despechado. Y el matrimonio humano no es sino una imagen, una “tipología” del cielo.

El sexo es un símbolo del amor divino. El sexo es símbolo y sacramento, y toda profanación que se hace de él es sacrilegio. Y como sacramento y símbolo que es, es algo que trasciende su realidad material; es algo más de lo que es aparentemente; es una realidad que significa otra realidad superior; es un signo; y la cosa significada por ese signo es el amor divino. Por eso ha dicho un cartujo que nosotros hemos renunciado a lo que se hace en las bodas por aquello que las bodas significan.

El Cantar de los Cantares pudo haber sido originalmente un poema de amor humano (debió basarse originalmente en un epitalamio de amor humano) pero la inspiración divina lo convirtió en una simbología del amor divino. Porque todo amor sexual es un símbolo de ese amor. En realidad todo poeta que canta a su amada, y toda la poesía amorosa del mundo, y todo el amor humano (y aun el amor irracional de los animales y la fecundación de las plantas y la fuerza de cohesión de la materia inerte) son una figura y una tipología del amor divino.

El matrimonio tiene tanto encanto y es tan irresistible y tan divino para nosotros porque es imagen del matrimonio divino.

Amar a Dios es poseerlo. Y amar a Dios es desposarse con él.

Suele creerse que existe un dilema entre la consagración a Dios o el matrimonio. Y no se sabe que la consagración a Dios es un matrimonio, y que el que ama a Dios “se casa” como dice San Bernardo.

El erotismo del monje ha sido crucificado y resucitado. Sigue existiendo, pero transformado. El monje es una pasión pura, y es pura pasión, sin ninguna otra cosa en él más que pasión y locura de amor.

En cada deseo, en cada apetencia nuestra, hay una gran cantidad de energía, de pasión y fuego. ¡Y es tan grande esa energía y ese fuego cuando el alma se entrega por entero a desear una sola cosa y a un solo amor!

Pasiones, apetitos, afectos, instintos, y todas las ansias del corazón humano son el combustible del amor a Dios. En realidad todo el ser humano es combustible. Y el amor con que Dios corresponde al alma es como echar gasolina en un incendio.

Porque cuando uno se siente amado por la persona amada, uno ama más, y nada enciende tanto el amor como saberse amado por el amado, y cuando uno enciende más el amor en el amado uno enciende también más el amor en uno mismo. Cuando uno piensa en lo que ama, ama más, y cuanto más ama más piensa en lo que ama, hasta que uno es una sola llama de amor.

Todas las células de nuestro cuerpo, todas las partículas de nuestro ser, son nupciales, porque hemos sido creados para unas nupcias. Todo lo que Freud llama la "libido" es el aceite de las lámparas de las vírgenes prudentes esperando al esposo.

Santa María Magdalena de Pazzis corría por los corredores del convento gritando loca de amor: "¡Amor! ¡Amor! ¿Sabéis, hermanas, que Jesús es amor y que está loco de amor?"

Quien ha estado alguna vez locamente enamorado puede comprender el amor divino. El amor humano y el divino son el mismo, sólo el objeto del amor es distinto. Y la vida religiosa es sólo cuestión de amor.

El religioso no renuncia a las criaturas porque sean malas, sino todo lo contrario, porque son buenas y bellas: tan buenas y bellas que ellas lo han hecho enamorarse de su creador, pues conocemos la belleza del Creador por la belleza de sus criaturas —y no tenemos otra manera de conocer su belleza.

Si nos hemos privado de la belleza humana y del amor humano, no es porque los despreciáramos, sino porque han inflamado en nosotros el amor a Dios. ¿No es Dios el inventor del sexo, y el inventor de todas las caricias y el creador de la voluptuosidad y de la pasión? Y el creador de todas las cosas no es un Dios estéril, como dice en Isaías: "¿Voy a abrir yo el seno materno para que no nazcan hijos?, dice Yavé. ¿O voy a cerrarlo yo, que soy quien hace nacer?, dice tu Dios".

El es eternamente joven y nuevo. Sus obras son siempre frescas y el mundo amanece cada mañana nuevo como recién creado por El; cada aurora es un nuevo "Hágase la luz" y tiene la frescura y la novedad de la primera aurora. Por El los potrillos en la madrugada brincan de gozo, retozan las palomas, y cantan los sensontles: "El Dios que es la alegría de mi juventud". La inocencia y el encanto de las jovencitas proceden de El, fuente de la virginidad y de la fecundidad. Y El es el único amor que no envejece y el único amante que no es infiel ni muere.

La juventud es la edad de entregarse a Dios, porque es la edad de las ilusiones y del amor —del amor del hombre a la mujer, y de la primavera y del Cantar de los Cantares— y la entrega a Dios es una entrega de amor. Y mientras más sueños tengas tú y más ilusiones ("una sed de ilusiones infinita") y más amor a lo que dejas, es mayor el don que das y es mayor lo que recibes y el amor mutuo es mayor. Si uno estuviera desengañado de la vida ¿qué vida es la que va a dar? Dios pide la juventud y el ardor y la pasión y los sueños. Pide lo que te pide el matrimonio, porque su amor es matrimonio.

El matrimonio es de toda la Iglesia con Cristo, y de cada alma en particular con Cristo, porque en cada alma está reunida toda la Iglesia, como el cuerpo de Cristo está completo en cada hostia y en los cuerpos de todos los cristianos. Así en la cueva de un solitario está presente toda la Iglesia militante, purgante y triunfante. Y en la soledad de cada alma que se desposa con Cristo está Cristo completo, y como en Cristo están reunidos todos los hombres, en cada alma que se desposa con Cristo, están Cristo y todos los hombres, o sea, todo el Cuerpo Místico de Cristo, "el Cristo Completo", como dice San Agustín

"...Es semejante a un rey que preparó un banquete de bodas a su hijo". Pero los primeros invitados no llegaron, y nosotros hemos sido los segundos, los ciegos y los cojos de las plazas que fueron invitados como sustitutos. ¿Y quiénes son esos primeros que no llegaron? Ellos serán seguramente los grandes del mundo: los gobernantes y los primeros ministros y los directores de bancos y estrellas de cine, los líderes y los jefes de empresas y los autores famosos, los hombres de voluntad de hierro y los de don de mando y los que hacen dinero o hacen grandes cosas y aquellos a quienes persiguen las mujeres. Ellos son los que rechazaron la invitación a las bodas, porque tenían cosas importantes que hacer, otros compromisos anteriores y otras citas, o mucha correspondencia que atender, o no leyeron la invitación en medio de tanta correspondencia como tenían, o porque se casaban también ellos mismos ese día.

EL placer es un falso dios que nos dice "entrégate a mí y yo te saciaré" Pero no nos sacia nunca porque nuestra alma es mayor que el placer. No se contenta con un placer que no sea infinito. Somos jarras rotas, como decía Platón. Ni con una belleza que tenga límites. Y toda belleza que no es Dios tiene un límite. "En toda perfección vi un límite", exclama el salmista. De ahí ese íntimo dejo de tristeza que nos produce siempre la contemplación de la belleza, esa sangrante dulzura de las cosas bellas.

Los animales sí se sacian con las criaturas y no desean más. Pero el hombre sólo se sacia con infinito.

Todo instinto en la naturaleza exige racionalmente ser satisfecho, y toda necesidad natural tiene que ser satisfecha. El hombre nace con un instinto de infinito, con un instinto de Dios, y este instinto tiene que ser satisfecho necesariamente. Es la "sed de ilusiones infinita", de que habla Diario.

Todo apego a las criaturas es frustración. Una frustración tan honda como la de un dictador privado del poder. Porque es un apego a algo que no nos pertenece, que injustamente queremos dominar y que nos es arrebatado.

Pero cuando uno ha gustado de Dios ya no desea los placeres de las criaturas. Igual que en un banquete tendrías repugnancia del pan engusado que comías con avidez y con deleite en el campo de concentración.

Ese fulgor de la verdad, de lo real y de lo auténtico que resplandece en todos los seres, y por lo cual nos atraen todas las cosas, es el fulgor de Dios (El es infinitamente eso, pues El es la Verdad) y ese dulce fulgor de bondad que resplandece en todos los seres y el deslumbrante fulgor de la belleza con que nos atraen todas las cosas, son también el fulgor de Dios.

De El toman su luz todas las estrellas y todas las hermosas cabelleras que hay en el

mundo. El está presente en todas las cosas, inflamándolas sin consumirlas, como el fuego de la zarza que vió Moisés.

En presencia de todo lo bello, de una mujer por ejemplo, debes pensar en la belleza infinita de tu Amado que es el creador de toda la hermosura de la tierra, y alegrarte desinteresadamente por la gloria que esa hermosura le tributa a tu Amado, sin querer poseerla tú y quitársela a tu Amado, puesto que tu Amado es para tí y tú eres para tu Amado. Alégrate por toda esa belleza porque es un canto de gloria para tu Amado, y por lo tanto es un canto de gloria para tí. Porque tú eres para tu Amado y tu Amado es para tí.

La tierra es bella en todas partes: Nicaragua como Venecia, Kentucky como el Sahara. Todos los panoramas del mundo son bellos: el mar, el desierto y los bosques, la estepa, los lagos, las montañas, el trópico y el ártico. Porque en todas partes está Dios rodeándonos de belleza y de poesía, metiéndonos por los ojos y por todos los sentidos de nuestro cuerpo la belleza visible que El ha creado y que es un reflejo y un resplandor de su belleza invisible.

Toda tu tierra es bella y todos sus rincones están llenos de encanto y todos sus seres son seductores, pero ¿cómo no vamos a renunciar a esa seducción por poseerte a Tí que eres mucho más que todo eso? Y si la tierra nos seduce tanto ¿cómo no vamos a arder por verte cara a cara?

Iría a pie hasta el fin del mundo si supiera que voy a encontrarte allí. Pero tú estás dentro de mí y no en el fin del mundo.

Estás dentro de mí y en tus ojos están concentrados todos los ojos de las muchachas que yo he amado y los ojos de las que me han amado y mucho más, y todas las miradas de amor que ha habido en el mundo y mucho más, y tus ojos están fijos en mí desde toda la eternidad, y desde toda la eternidad me están mirando.

QUERIENDO ir hacia el Creador tendemos hacia las criaturas, como la mariposa que choca contra un vidrio. Porque la creación es transparente y el resplandor de Dios penetra a través de ella.

Nos proyectamos hacia afuera atraídos por la belleza que vemos en las cosas, sin darnos cuenta de que ellas no son sino el reflejo de la belleza real. Y la belleza real está dentro de nosotros. Y así, paradójicamente, mientras más nos proyectamos hacia la belleza, más nos alejamos de ella, que está en la dirección opuesta de donde la vemos: está en nuestro interior.

Pero uno no se une con Dios y después deja todas las cosas: uno primero deja todas las cosas y después se une con Dios.

Dios no se puede unir al alma hasta que el alma consienta, como el enamorado no puede unirse con su amada por mucho que la ame, mientras la amada ame a otros. Pero Dios se une al alma en el mismo momento en que el alma lo ama. La unión es automática. El alma al dejar de amar a las criaturas queda suspendida no en el vacío —pues no hay vacío— sino en el abismo insondable de Dios y el alma automáticamente es abrazada por Dios.

Y como no puede echarse vino en un recipiente si no se vacía primero, así el alma no puede ser llenada por Dios si antes no está vacía de todo.

Pero antes de recibir el abrazo de Dios uno tiene que pasar por aquel angustioso desgarramiento que es desprenderse de todo. Todos los deseos y las apetencias del alma tienen que desprenderse de todas las cosas a las que están tenazmente aferradas como ventosas, y sólo entonces los brazos del alma quedan libres y sólo entonces se efectúa en ella el abrazo de Dios.

El amor impulsa siempre al amante a la unión con el amado, y por eso Dios que ama al alma desde toda la eternidad se une inmediatamente con el alma, sin esperar un instante más, desde el momento mismo en que ya no hay un obstáculo que lo separe de aquello que El ama y que lo ama.

El desprendimiento del alma puede realizarse lentamente a través de años, o puede realizarse en un solo instante. Pero Dios irrumpe en el alma violentamente en el mismo instante en que el alma ha quedado sola, horrorosamente sola, desprendida de todo el universo creado, suspendida en esa especie de vacío entre la creación y Dios. Entonces el alma es inundada por Dios, pues como dice San Juan de la Cruz, no existe vacío en el universo y vaciarse de todo es llenarse de Dios. Pero basta que exista todavía un solo afecto de algo que no es Dios, para que Dios no pueda entrar dentro del alma. Porque si hay un solo afecto todas las ventosas del alma estarán aferradas a ese afecto, pues el alma no puede estar sin abrazar, y entonces no estará libre para abrazar a Dios. Uno tiene primero que pasar por la agonía de quedar sin nada, sin nada creado, para caer en Dios. Uno primero tiene que morir.

Hasta que uno se entrega sin reservas a Dios, El también se entrega sin reservas. El sacrificio es supremo. Pero el premio es también supremo: es cambiar la multitud de bellezas particulares, finitas y fugaces, por la Belleza absoluta, infinita y eterna

El viaje a Dios es igual que un vuelo interplanetario que se va haciendo más y más difícil conforme uno se va libertando más y más de la gravedad de la tierra, pero desde el momento en que uno pasa la frontera de esa gravedad se va haciendo cada vez más y más fácil y después uno va siendo atraído cada vez más y más por la gravedad del nuevo planeta a donde uno se dirige.

L*A naturaleza es religiosa por esencia. El firmamento estrellado, por ejemplo, es una plegaria. Todo paisaje es en sí mismo una oración, y el silencio de los parajes solitarios. Los grillos nos hablan de Dios igual que las estrellas, y los grillos y las estrellas nos están gritando que El los creó.*

Y todo el cosmos aspira a la unión con Dios desde que salió de Dios. Todas las cosas están dispersas fuera de Dios y gimen por juntarse unas con otras. La ley del amor es la única ley física y biológica del universo y es la única ley moral. ("Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado").

Todos los apetitos y las ansias del hombre, el comer, el sexo, la amistad, son un sólo apetito y una sólo ansia de unión de unos con otros y con el cosmos. Es una comunión cósmica que sólo en Cristo se realiza ("Cuando yo sea levantado en alto atraeré hacia mí todas las cosas"). Y cuando Cristo ha vuelto al Padre hemos vuelto todos con El. Este regreso cósmico es el que Cristo relató en la parábola del Hijo Pródigo.

Hemos salido del seno de Dios, del que éramos parte como el feto es parte de la ma-

dre. Y tendemos todos a volver hacia El como el hombre tiende a volver a la mujer de donde ha salido.

Mientras tanto nuestra alma llama a Dios como el ternero huérfano llora llamando a su madre, como la vaca muge llamando al ternero que le han quitado

Tendemos hacia El como la mariposa nocturna tiende hacia la llama. Y como los peces suben de noche a la superficie del agua atraídos por la antorcha del pescador que está con el arpón en alto esperando. Y como el venado que está encandilado por la lámpara del cazador que está apuntándole.

El alma nace enamorada y al abrir los ojos encuentra en todas partes el reflejo del que ama. De allí que todas las cosas la vuelvan loca de amor.

Todas las cosas tienen para nosotros un elemento de encanto y otro de desengaño. El encanto se debe a que son un reflejo y una imagen de Dios. El desengaño se debe a que son una imagen y no la realidad: no son Dios.

No existe nada feo en el universo. No hay más que la belleza, o la ausencia relativa de ella, la ausencia relativa del reflejo divino en una cosa particular.

La belleza, el gozo y el placer están diluidos en los seres. Todas las cosas están en mayor o menor grado bañadas e iluminadas por la belleza, como por una luz difusa que todo lo cubre. Pero Dios es eso concentrado y no difuso, el foco de esa luz.

Las cosas tienen un elemento de belleza, en mayor o menor grado, pero no son la Belleza. Dios es esa luz que baña los cuerpos bellos, y en El no hay otra cosa que no sea esa Belleza. Por eso cuando se ha gustado a Dios, toda otra belleza y todo otro placer resultan insípidos e insuficientes. Todo deleite nos lleva a buscar a Dios, fuente de todo deleite y de toda belleza.

Toda esta belleza que vemos es como un hilillo de agua, que nos hace remontarnos hasta la fuente, y como una veta de oro que nos hace remontarnos hasta la mina. La belleza de unos cabellos rubios nos debe hacer remontarnos a la fuente de esa belleza. ¿Cuál es el origen maravilloso, y de dónde proceden estos seres que yo amo? ¿Cómo serás Tú, Fuente de donde procedieron las amigas que yo tuve y todo lo que yo he amado?

Las sonrisas de las muchachas y las flores y los peces del mar y las estrellas fugaces: no son sino bellezas momentáneas que surgen del seno de Dios, brillan un instante a nuestra vista, y vuelven a sumergirse otra vez en el seno insondable de Aquel que las crió. ¿Para qué buscar entonces estas bellezas fugaces y no buscar la fuente inagotable de belleza, el foco de donde surgen estas innumerables chispas de belleza que brillan y se hunden?

Las cosas tienen en Dios su existencia suprema. Todo lo que existe tiene esa existencia en Dios. Y la realidad que percibimos es como las sombras de esas cosas. Esta realidad es tan irreal en comparación con la otra como una película en colores es irreal en comparación con la realidad.

Toda belleza creada: una flor, una mariposa, la nieve, las montañas, son el reflejo de una perfección divina que en Dios existe en grado sumo, supereminente. En Dios existe una flor infinita, una mariposa y una nieve y montañas infinitas, que son arquetipos de las que aquí vemos, y que son también la misma esencia de Dios, que son Dios. Estas cosas son aquí individuales, limitadas, finitas y contingentes, pero en Dios todas son una misma cosa infinita y concentrada. El arquetipo de la rosa y el de la mariposa que hay en Dios son un mismo arquetipo, porque los dos son el mismo Dios que es infinito, son la misma cosa simple y el mismo acto puro que es Dios.

Dios riela en la materia, no obstante estar infinitamente lejos de la materia, y a pesar de que esta es opaca, compuesta de átomos groseros. La reflexión de esa única Belleza es la que produce bellezas dispersas aquí y allá. el mar azul, la gaviota volando, la belleza de la mujer y la de la garza, la nieve de las montañas, o la del río tropical verde y tranquilo deslizándose bajo palmeras verdes al atardecer.

¿Qué será mirar esta belleza en sí misma, sin velos, cara a cara, ya no reflejada en la materia refractaria sino como está concentrada en Dios? Allí verás la belleza que miraste en el mar y la mujer y la nieve y la garza, pero ya no dispersa en reflejos transitorios e individuales sino concentrada en una sola cosa y un solo Ser.

Estas son las hojas dispersas del libro del universo que dice Dante en el último Canto que vió reunidas por el amor en un solo libro

Este es aquel rayo de luz en el que San Benito vió en su éxtasis concentrado todo el universo

El avión que cruza por el cielo y el auto que pasa por la carretera, el bosque, las flores, las muchachas, la Divina Comedia, todo cuanto existe, tienen una existencia eterna en Dios. Pero en Dios no son cosas diversas e individuales, como lo son en su realidad presente de criaturas, sino que son una sola esencia, son la esencia misma de Dios, son Dios. Aquí las cosas existen por separado una flor, el amor, un poema, una pieza de música. En Dios flor, amor, poema y música son un infinito y un acto puro

La contemplación de Dios es una recapitulación y una síntesis de todas las criaturas. Pero todo tiene que morir para retornar a su origen, a la Unidad de todas las cosas que es Dios Y tenemos que renunciar a todo —y a nosotros mismos que somos partes de ese todo— para retornar al Todo. Sólo muriendo a nosotros mismos encontramos nuestra identidad porque nuestra identidad no está en nuestro yo sino en el Todo. Nuestro centro está en Dios, que es también el centro de todas las cosas.

Y comulgar con todas las cosas es encontrarnos a nosotros mismos, y encontrarnos a nosotros es unirnos con todas las cosas Y entregarnos es recobrarlos, y perdernos es salvarnos. ("El que salva su alma la perderá, y el que pierde su alma por amor a mí la salvará")

Nuestro yo es la soledad, y quien se resiste a sufrir y a morir y no quiere entregarse sino no permanecer uno mismo, ese queda fuera de la Unidad de todas las cosas que es Dios. ("Si el grano de trigo no muere, permanece solo. ").

COMO en una obra de arte se refleja el alma del artista que la ha creado, así también en la más íntima estructura de las cosas creadas se refleja Dios. Sal al campo en la mañana y presta atención a todo lo que te rodea, los olores, los colores y los cantos, y encontrarás en todo un resplandor de Dios.

Todas las cosas en la naturaleza tienen una marca de fábrica, que es la marca de Dios. Una concha listada y las franjas de la zebra, las vetas de la madera y las venas de una hoja seca, las líneas del ala de una libélula y las huellas de las estrellas en una placa fotográfica; la piel de la pantera y las células de la epidermis de un pétalo de lirio; la estructura de los átomos y la de las galaxias, todo tiene las huellas digitales de Dios.

Existe un estilo, un divino estilo, en todo cuanto existe, y que nos revela que todo ha sido creado por el mismo artista. Todo tiene una multiplicidad dentro de la unidad. Todo es diverso e individual a la vez. Cada individuo tiene su propia manera de ser, es él y no otro, y al mismo tiempo hay millones y millones como él: lo mismo los diminutos animalitos que las estrellas.

Cada cosa tiene su manera peculiar de tener sus rayas, sus pintas y sus manchas o sus motas o sus venas o sus vetas: la oruga y la pieza de cerámica y el camaleón y la pintura de Klee y la alfombra persa, la espuma del mar y las estalactitas y las franjas luminosas del ágata y la alfombra de hojas otoñales, la madera y el mármol y la concha de forámifera y el esqueleto del radiolario.

Todo tiene las huellas digitales de los dedos de Dios, y en sus huellas como en las huellas digitales nuestras hay un dibujo igual y distinto, diverso y el mismo. Y es ése el sello de la Trinidad, de un Dios que es Trino y Uno, multiplicidad infinita en la unidad infinita, y la unidad de lo diverso.

A imagen de Dios que los creó, todos los seres son uno y muchos a la vez, de la galaxia al electrón.

No hay dos orugas iguales, ni dos átomos iguales, ni dos estrellas iguales aunque en el cielo de la noche parezcan las mismas. Y sin embargo también todo es lo mismo. La poesía no es sino el descubrir este "pattern", esta unidad de dibujo que corre a través de todo lo creado, y el ver cómo las cosas más diversas también son las mismas: Los montes saltan como carneros, y las colinas como corderitos. . . Son tus cabellos rebañitos de cabras que ondulan por los montes de Galad. . .

EL coro de las ranas y los grillos cantando en la noche de luna, y las voces y cantos y quejas de todos los animales, un gallo que canta lejos, el mugido de una vaca y el ladrido de un perro, y todas las otras voces misteriosas del campo, son otros tantos Oficios como el Oficio de los monjes, son también salmos en otra lengua; son también oración.

Los pájaros cantan pidiendo al Padre su comida de cada día y que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo, y bendicen su nombre, y todos los otros animales rezan también a su modo el padrenuestro

Toda obra de arte es también una alabanza a Dios. Y da gloria a Dios, como las estrellas que proclaman en el cielo la gloria de Dios. Todo verdadero arte es también en cierto sentido una oración. Y el arte no necesita ser religioso para dar gloria a Dios, porque todo arte es religioso. No existe nada profano para el cristiano: ni la mujer es profana, ni el cuerpo desnudo es profano, porque han sido creados por Dios y todas las obras de Dios son santas.

La santidad de Dios se manifiesta en todo, también a través de las pupilas puras de los cerdos.

En la naturaleza todo es limpio: igual el esputo de un tuberculoso que las aguas diáfanas de las islas del Caribe (y por eso Santa Catalina de Génova bebía pus y San Luis Rey besaba las llagas de los leprosos). Tan puras son las garzas como los gusanos. La materia toda es limpia y santa pues ha salido de las manos de Dios. Es limpio todo, menos el pecado. Es puro

todo menos la naturaleza caída del hombre. Un paisaje es puro porque no tiene apetitos ni desórdenes, como el hombre caído los tiene. Y los animales son puros porque no tienen orgullo ni lujuria. Y cuando un hombre es santo, cuando no hay en él tampoco ni apetitos ni desórdenes, ni orgullo ni lujuria, su alma racional se vuelve entonces tan pura como lo son los bosques y los lagos, los gusanos y las garzas.

Un animal o un árbol son la imagen exacta de una idea de la mente de Dios (que es la misma esencia de Dios, pues todo lo que hay en Él es la esencia de Dios) y un mensaje fiel que expresa sin ninguna tergiversación posible lo que Dios exactamente quiere expresar con eso, y nada más que eso. Toda cosa material es la perfecta obediencia. Cada cosa cumple fielmente en su ser lo que Dios quiere que sea. Cada estrella, como dice el profeta Baruc, está conteniendo en el cielo: "¡Aquí estamos!". Todas las cosas irracionales son el deseo cumplido de Dios.

El cuerpo humano también es santo, y no puede pecar. Sólo la voluntad del hombre puede pecar (y cuando falta la voluntad no hay pecado).

La presencia de Dios en todas las cosas hace que al pecar lo hagamos a Él expectador —la Inocencia infinita— y como cómplice obligado del pecado al mismo tiempo que su Víctima. Y esto es lo que hace pecado al pecado.

Pecar es tiranizar a Dios. Pero pecar es también tiranizarnos a nosotros mismos junto con Dios. El condenado es uno que eternamente se ha tiranizado a sí mismo y que comete contra sí mismo una gran injusticia. El pecado no es libre, sino que es la entrega de la libertad, pero le hace creer a uno que esa es su libertad como la propaganda de las dictaduras que pregonan que ellas son el "gobierno del pueblo". Muchos creen que son libres porque hacen lo que "quieren", pero no se dan cuenta que la dictadura la llevan dentro y que ella es la que gobierna su voluntad, y que hacen lo que no quieren aunque creen que quieren. Por eso se arrepienten de lo que hacen: porque hacen lo que no quieren y no quieren lo que hacen. Y creen que son libres porque la dictadura les brota de adentro, la tienen instalada en el centro mismo de su voluntad, tienen el tirano dentro y creen que ellos son el tirano, cuando son sólo esclavos. Y cuando un hombre así, con su voluntad gobernada, gobierna un pueblo, entonces ese pueblo es gobernado por una dictadura. La codicia, la soberbia, la crueldad o el odio que tiranizan al tirano son también los que tiranizan ese país y son el Primer Ministro o el Presidente de ese pueblo.

ADÁN en el Paraíso estaba desnudo. La pobreza pues es el estado paradisiaco. Adán era pobre como los animales, como San Francisco de Asís, y como Cristo.

Después de la caída el hombre ya no puede estar desnudo, pero el hábito de los monjes es lo más parecido a la desnudez paradisiaca.

La pobreza también es la verdad, mientras que las riquezas son disfraces. Nos revestimos de cosas exteriores a nuestro ser, para disimular la desnudez de nuestro ser. Falsedad y riqueza son sinónimos.

La riqueza es también una falsificación de las cosas. Un traje rico, una casa rica, son una falsificación de la autenticidad original de los materiales, un revestimiento de la desnudez natural de los seres, un fraude de las cosas.

Pero hay un resplandor en las cosas pobres, que es el resplandor de lo real. Un objeto

rico es siempre menos real que uno pobre. Por eso decía Henry David Thoreau que era importante para un hombre poder salir a la calle con un pantalón remendado. Ese resplandor que tienen las cosas pobres —de barro, de paja, de tela burda, de madera sin pintar: lo basto, lo áspero, lo tosco, lo rústico— es el de la desnudez de la materia, es como el resplandor que tiene un cuerpo desnudo. Y es ese también el mismo resplandor de las obras de arte: la textura y los colores

Si el hombre no hubiera perdido la inocencia andaría desnudo. Y por eso la única posesión de San Francisco eran un calzoncillo y un saco y una cuerda (y aun de eso se desprendía alguna vez).

La falsedad de las riquezas consiste en que uno confunde lo que tiene con lo que es. Uno cree que es más, porque tiene más. Uno compra un automóvil y cree que ese automóvil ha pasado a ser parte de uno, es como un miembro más de su cuerpo (por eso decía San Agustín que el desprenderse de las riquezas dolía como desprenderse de un miembro del cuerpo). Y si le admiran a uno su automóvil uno siente como lo admiran a uno. Las cosas que poseemos las consideramos como parte de nuestra propia persona, como un molusco que carga con un caparazón que no es el suyo, y por eso la posesión de las cosas es una falsificación de nuestra persona

El rico cree que lo que tiene eso es él. Ostenta sus cosas para ser admirado por ellas como si esas cosas fueran él, para ser apreciado por lo que tiene y no por lo que es. El poeta latino Propertius percibió la sinceridad de la pobreza cuando se gloriaba de haber conquistado una muchacha no con su dinero sino con sus poemas.

La riqueza también es un engaño, porque creer que uno puede poseer un trozo de tierra en este planeta mediante una escritura es tan absurdo como aquellos que compran propiedades en la luna con escrituras. Un bosque o un prado lo poseen los pájaros y los animales que lo disfrutan, o la pareja de enamorados o el solitario que pasean por ellos: no los posee la persona que posee el título de propiedad (quien tan sólo posee unas hojas de papel de oficio cubiertas de fea prosa jurídica)

Nosotros poseemos la naturaleza entera y toda la tierra y todos los paisajes, y el firmamento estrellado. Pero dejamos de poseer todo esto si limitamos nuestro sentido de propiedad a unas cuantas hectáreas de tierra. Sólo siendo pobres podemos poseer el universo, como los pájaros que son pobres poseen el cielo, y como los peces que son pobres poseen el agua, y como San Francisco de Asís poseía todas las cosas. Por eso San Francisco llamaba a la pobreza un gran tesoro ("¡No somos dignos de tan gran tesoro!"), pues quién dispone de cualquier fuente y cualquier mesa de piedra para comer disfruta de toda la riqueza de la tierra, mientras que los ricos, despojados de todo eso, no disponen más que de un comedor.

Nosotros somos hijos de Dios que es dueño de todo, y como hijos suyos somos también dueños de toda la riqueza del mundo. Estamos rodeados de incalculables riquezas y no tenemos más que alargar la mano para cogerlas. Un puñado de agua clara que se me escurre de las manos no vale menos que un puñado de diamantes, y si la apreciamos menos es sólo porque es más abundante. Una mojarra dorada en la laguna, una ranita verde, un guijarro, un palo seco que flota en el agua, todos estos son tesoros, aunque no posean precios ficticios en la bolsa de valores.

Pero quien compra un campo y lo cerca, se desprende del resto de la naturaleza y desposee todo lo demás. La pobreza religiosa por eso no significa poseer poco sino no poseer nada, el desposeimiento total para poseerlo todo. No nos limitamos a la posesión legal de unas cuantas cosas mediante un título, ¿pero hay algo más nuestro que el aire, el sol, la tierra, el cielo y el mar?

Y la pobreza es también la virtud de la Santísima Trinidad, porque la vida en Dios es comunitaria y cada una de las Tres Divinas Personas se da totalmente a las otras, y no hay en ellas "mío" ni "tuyo" aunque sí existe en ellas el Yo y el Tú

El engaño de las riquezas consiste también en creer que cosas materiales pueden ser abrazadas por algo espiritual como es el alma. Vimos en Nicaragua un dictador que no se sació nunca de adquirir tierra, y no se saciaba nunca porque aunque las escrituras eran suyas las tierras seguían siendo tan ajenas a él como antes, y por eso quería siempre nuevas tierras. Los campos verdes con sus vacas y sus árboles y su río que los atravezaba por enmedio quedaban siempre tan inposeídos como antes. Poseía los títulos de las tierras pero las tierras no eran suyas. Quien pasaba por allí y disfrutaba del paisaje, o pescaba en el río, y después se iba sin codiciar más, ese aun siendo pobre había poseído la tierra, y no quien guardaba los títulos

Sólo no codiciando, sólo desapegados de todo podemos poseerlo todo. Por eso dice San Pablo que quien tenga sea como quien no tiene, y quien compre sea como quien no compra, y quien se casa sea como quien no se casa.

***L**A riqueza es también una tiranía, o como lo dijo Cristo en el lenguaje de la antigüedad; es un "señor" (lo que para los antiguos era también un sinónimo de dios: "Nadie puede servir a dos señores. . ." Y a continuación le llama con el nombre del dios de los sidonios, Manmón, porque el dinero es también una idolatría: ". . . a Dios o a Manmón".*

Y Cristo identifica en otra parte el dinero con otro totalitarismo y otro dios: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". Con esa frase no quería legitimar las cosas del César, como muchas veces se ha pretendido, ni quería poner a la par dos órdenes de cosas igualmente legítimas: las de Dios y las del César. Es obvio el tono peyorativo de la frase, y además irónico: porque el dinero no era del César, sólo tenía la efigie de él. Pero Cristo dice que es de él. Con esa frase quiere decir que lo que es del César, no es de Dios, y por lo tanto tampoco es nuestro, porque nosotros pertenecemos al orden de las cosas de Dios. Dad al César quiere decir entregad la riqueza al César. Y dad a Dios lo que es de Dios quiere decir que no entreguemos nosotros a Dios porque somos de Dios.

El dinero es de la tiranía, de la crueldad, de la soberbia, del endiosamiento de Tiberio. Y toda moneda y todo billete llevan grabados esa efigie de Tiberio. (Por eso San Francisco les había prohibido a sus frailes tocar dinero).

El primer mandamiento del Decálogo, de no hacernos imágenes talladas ni adorar ídolos, nos parece que es un mandamiento para pueblos primitivos que aún no han superado la etapa politeísta, una reliquia arqueológica, sin validez alguna para el hombre civilizado

Pero el ateísmo actual es el mismo antiguo politeísmo, y el mundo nunca ha tenido tantos ídolos como ahora. Un automóvil, una estrella de cine, un líder político, una ideología: son ídolos modernos. Las calles de las ciudades y las carreteras están llenas de ídolos: los ídolos de la propaganda comercial y la propaganda política, las sonrientes divinidades de la fertilidad y la abundancia, de la nutrición y de la higiene, los dioses de la cerveza, del corn-flake y del dentrífico; o bien los rostros de los dictadores y de los líderes políticos, las sombrías divinidades del terror y de la guerra, de la destrucción y de la muerte.

Y las mismas fuerzas de la naturaleza que el hombre primitivo adoraba sin comprenderlas en el trueno y en el fuego, el hombre moderno las adora en la electricidad y la energía atómica también sin comprenderlas.

DESDE el microcosmos al macrocosmos, toda la creación nos revela la infinitud de Dios. Y debemos contemplar todas las cosas como símbolos y figuras, como fotos de Dios. No como cosas que valen por sí mismas, para ser poseídas y gozadas por sí mismas.

Poseer a Dios es desprenderse de las cosas. Desprenderse de las cosas es abrazar a Dios.

Y sólo a Dios se posee. Si veo una cosa que me gusta y la compro, no por eso la poseo. Aunque puedo regalarla o venderla, no la he poseído. Ella habrá permanecido inviolada, porque nuestra facultad de poseer está en lo más íntimo de nosotros, allí donde ninguna cosa exterior puede llegar. De ahí la profunda insatisfacción de todos los que poseen cosas. Insatisfacción que no pueden calmar nunca (tan sólo exacerbar) por más cosas que posean.

Hay como una invisible pared de vidrio entre nosotros y las cosas. Y el alma se golpea y golpea contra el vidrio como una mariposa, sin poder llegar hasta ellas. Mientras afuera el mundo exterior siempre nos sonríe intacto, inalcanzado.

Tampoco podemos poseer a las personas que amamos. Ellas permanecen invioladas en su más profunda intimidad, como también nosotros. Aun entre el esposo y la esposa hay una separación que no desaparece, una intimidad que no confunden. No se asimilan el uno al otro como quisieran. No hay sino una ilusión de unión.

Sólo a Dios se posee. Porque El es el único que tiene acceso a nuestro interior, que es donde podemos poseer y ser poseídos. Sólo El tiene la llave de nuestro ser.

Porque El no entra por fuera, sino que entra por dentro, burlando los fosos y murallas de nuestro castillo interior, por pasadizos secretos que comunican con El.

Y podemos juntarnos a El sin salir de nosotros. Más aún: sólo podemos juntarnos a El estando dentro de nosotros mismos.

¿Pero entonces no podemos poseer nunca a las criaturas? Eso nos atormentaría por toda la eternidad, porque el recuerdo de ellas no lo perderíamos en la eternidad, sino que en todo caso se nos avivaría, y estaríamos eternamente atormentados por el recuerdo de aquello que nunca poseímos. Sí podemos poseer todas las cosas, pero en Dios. Poseyendo a Dios poseemos todo, porque El posee todas las cosas. Todas las cosas salieron de Dios y volverán a Dios en Cristo. "Cuando yo sea levantado en alto atraeré hacia mí todas las cosas", dijo Cristo. Y cuando todas las cosas sean atraídas a El serán atraídas a mí, porque El es más yo que yo mismo, El es mi más profunda intimidad.

Pero para ello tenemos que renunciar a todas las cosas. Por eso dice San Juan de la Cruz que el camino para poseerlo Todo es el Desposeimiento.

Y mientras tanto somos como pájaros encerrados en un apartamento golpeándose contra la pared de vidrio del living-room. Viendo enfrente de ellos un panorama de luz al cual no pueden salir. Así nos estrellamos nosotros contra las criaturas, equivocados por ellas porque transparentan a Dios, pero golpeándonos contra ellas porque son sólidas y no nos dejan pasar a

Dios. Tan sólo pasa por ellas la luz de Dios. Y sólo que olvidemos esa luz fascinadora de las criaturas, y demos vuelta atrás, hacia lo oscuro encontraremos la salida al jardín, a la libertad, a la luz, encontraremos la salida afuera: que es Dios.

PROTONES y neutrones danzan formando figuras maravillosas a nuestros ojos, como las figuras de un kaleidoscopio. Pero como estas, ilusorias, porque no son sino guijarros de colores que brillan un momento ante la luz del sol, que es Dios.

Este mundo es sólo figura. Figuras reflejadas en el fondo de una cueva, había dicho Platón. Figuras reflejadas en una pantalla de cine o de televisión diríamos nosotros.

Como estrellas de cine que vemos cantar y reír en una pantalla, pero que no son reales sino una imagen, efectos de luz y sombra: así también son las estrellas del cielo que sonríen y cantan en la noche. Y tal vez son estrellas del cielo que ya no existen, muertas hace millones de años, aunque su luz sigue llegando hasta nosotros, como estrellas de cine que ya han muerto hace mucho tiempo pero que nosotros seguimos viendo reír y cantar en la pantalla.

El mundo corre rápido delante de nosotros como una película. Percibimos fugaces imágenes sensoriales, con los ojos, los oídos y el tacto, en la pantalla de los sentidos, pero ello no es la realidad. La muerte será para nosotros el fin del programa y el volver a la realidad. Y mientras tanto estamos ante el mundo como niños embobados ante la televisión.

La realidad es Dios, que es oscuro, y no lo podemos aprehender con los sentidos ni con la imaginación ni con la mente. Sólo lo podemos aprehender como algo oscuro que está fuera de los sentidos y de la imaginación y de la mente, en la oscuridad de la fe. Aunque la fe no es una oscuridad, sino una luz invisible que penetra la realidad más allá de donde penetra la luz que nosotros percibimos, como los rayos X que brillan en tinieblas.

La presencia de Dios es una presencia invisible y oscura, como una presencia de otro sentido en la oscuridad en el mismo cuarto.

Muchas veces hemos sentido esta presencia dentro de nosotros sin darnos cuenta, creyendo que somos nosotros mismos. Es tal vez un sentimiento de soledad y miedo, una sensación de silencio, un amor misterioso que brota dentro de nosotros.

Después de los placeres y de las fiestas, cuando llegas en la madrugada a tu cuarto y te encuentras contigo mismo: en esos momentos de soledad y silencio sientes tal vez la presencia de Alguien, un rostro triste junto a tí que no eres tú. Y sientes también tu vacío. Te aterrará mirarte al espejo porque también sabes que ese no eres tú, que tu rostro es una máscara. Y te aterrará mirarte cara a cara como si fuera mirar a un muerto. Y te aterrará el estar sólo, quedarte contigo mismo, como el miedo que inspira una casa vacía.

Sientes que tú, sólo tú en todo el universo, estás lejos de El. Las galaxias girando lentamente sobre sus ejes por billones de años y la lenta evolución geológica de la tierra y toda la flora y la fauna del mar y la flora y la fauna de la tierra, obedecen Su ley: y tú no la obedeces.

Pero esa Voluntad de Dios que tú no obedeces no es algo exterior a tí, impuesto a tu propia voluntad desde afuera, sino que es algo más tuyo propio que tu propia voluntad, y es un

tú más tú que tú mismo, tu más íntimo yo y tu propia identidad y la más profunda voluntad de tu ser.

Y también sentimos la presencia del amado en la oscuridad, su misteriosa ca- lida. Alguien que está presente dentro de nosotros pero que no vemos. Lo que vemos es tan sólo la realidad material, una realidad tan falsa como películas en colores y como programas comerciales de televisión.

Cuántas veces, aun cuando yo estaba lejos de Dios, surgía siempre un rostro borroso en mis sueños, en las horas de soledad, en el silencio de la noche, después de las fiestas: que era el Dios reprimido, relegado a las sombras del inconsciente. Pero ahí estaba grabado en el lienzo de mi alma, borroso y doloroso como el rostro de Cristo impreso en el velo de la Verónica. Mis angustias, y mis sueños y mis terrores nocturnos eran ese rostro de la Verónica.

Dentro de nosotros está el Amor, atrayéndonos hacia El, hacia el centro de nosotros mismos, que es El. Porque el amor busca siempre la unión, la identificación del amado con la amada. Existe alguien dentro de mí que no es yo mismo. Y estamos contruidos de tal manera que el centro de nuestro ser es Dios. De modo que concentrarnos en nosotros mismos es acercarnos a Dios. Aunque no podemos llegar hasta El, porque también la distancia que hay entre El y nosotros es infinita: porque está infinitamente cerca de nosotros (infinitamente adentro).

L*A santidad es nuestra verdadera personalidad. No hay dos hojas iguales, y tampoco hay dos hombres iguales. Pero el pecado nos hace a todos iguales, como presos con un mismo uniforme. En cambio los santos son distintos, porque la santidad es la realización plena de la personalidad, el reencuentro de esa identidad que tienen todos los seres y ha sido perdida por el pecado.*

Porque mientras más nos identificamos con Dios somos más nosotros mismos. Nuestra mayor identificación con Dios significa nuestra mayor identidad, no porque nuestra esencia sea Dios, sino porque nuestra esencia es ser imagen de Dios, que es casi lo mismo.

Y por lo tanto el alma mientras más se parece a Dios es más ella misma, porque su destino es ser retrato —autoretrato— de Dios. Y el alma no es infinita, pero es una imagen del infinito, que es casi lo mismo.

No sabemos cómo es la belleza del alma, porque no la hemos visto. Pero sí hemos visto la ausencia del alma, la fealdad de un cuerpo del cual ha partido el alma. Y la mueca de un cadáver nos puede dar una idea, por contraposición, de lo que es el alma. Y también la belleza de un cuerpo con alma nos puede dar una idea de lo que será la belleza del alma desnuda. También las grandes obras de arte, en las que vemos reflejadas el alma del artista. Y también cuando nos asomamos al misterio de un alma en la intimidad de la amistad o del amor.

El amor y la belleza de Dios le dan su belleza al alma, y un alma en la que se refleja Dios está toda encendida y ardiendo de amor. Una belleza infinita y un amor infinito se reflejan en ella como el cielo azul en el lago en calma.

El alma desnuda es toda ella sonrisa y emoción y amor, y toda temblor y ardor y pasión y fuego, y pura ternura y sensibilidad y pura vitalidad y pura vida. Y unida a Dios, mientras más lo mira más lo conoce y mientras más lo conoce más lo ama, y mientras más lo ama más lo posee, y más lo conoce y más lo ama, y está toda su vida dando y recibiendo, gozando y amando más y más y temblando de amor.

Vida en el Amor
de Ernesto Cardenal
(Continuación)

El alma es pasiva ante Dios y es femenina. El alma no puede tomar la iniciativa. El alma no puede visitar a Dios, pues no sabe cómo ir a Él ni dónde está, sino que tiene que esperar a que Él la visite, y si Él no llega ella estará sola. Ella no puede moverse de donde está, y es Dios el que entra y sale, el que visita y se va. Y el alma no sabe tampoco cómo acariciar. Sólo muy tímidamente se atreve a veces a acariciar a Dios. Pero ella sabe dejarse acariciar por Él, y lo único que sabe es dejarse acariciar. El alma no sabe cómo besar a Dios, y es Él quien la besa, tiernamente, y apasionadamente a veces. Y ella sólo se deja besar y se derrite de amor.

El alma de una anciana es tan tierna y joven y fresca como la de un niño o una muchacha, porque es la fuente de la vitalidad y no envejece con el tiempo, y el alma del más burdo de los hombres está tan llena de luz como el alma de un Beethoven o un Dante, y el alma del hombre es tan femenina como el alma de la mujer. El alma es el principio de la vida y es pura inocencia y pura luz y alegría y diafanidad y dulzura y gracia, y por eso Dios está locamente enamorado del alma. Y todo hombre que camina por la calle lleva esa alma. Y es tan triste que esta alma se entregue en brazos de amantes muy inferiores, se esclavice por la comida y la bebida, las diversiones, el dinero.

A veces vislumbramos un poco esta belleza del alma en unos ojos puros, en los que el fulgor del alma se filtra un poco a través de la materia opaca como la luz del sol se filtra velada a través de los párpados cerrados.

Pero el alma y el cuerpo son también una misma cosa cuando el cuerpo está vivo, y el alma no es más que la realidad del cuerpo y su vitalidad y lo que hace que el cuerpo no sea un cadáver. "Si el cuerpo no es el alma, ¿qué es el alma?" ha dicho Whitman. Y es lo mismo que dijo Aristóteles: que el alma es la sustancia que le da forma al cuerpo.

Y Tertuliano ha dicho que el alma es por naturaleza cristiana ("Anima naturaliter christiana") y que si un pagano excéptico se desprendía de su educación, su cultura y su biblioteca, en el fondo de su alma —en su subconsciente diñamos hoy— encontraría las verdades de la fe cristiana.

El reflejo de Dios en la materia opaca nos deslumbra, y este reflejo es el resplandor que tienen todas las cosas bellas materiales. Pero cómo será de ofuscante la belleza de Dios reflejada no ya en una materia opaca sino en un espíritu puro que es como el de Dios. La esencia de todas las bellezas naturales, ese común denominador que hay en todo lo bello (en el mar azul y los lagos, las montañas nevadas, los desiertos, la mujer, las flores, las estrellas) está allí en esa alma pero concentrada y como evolucionada, refinada, transformada en una belleza superior que es espíritu puro como el de Dios: como si fuera una concentración de millares de sonrisas y de paisajes simultáneos que fueran una sola cosa, y mucho más.

"¡No estamos huecas por dentro, hijas!" dice Santa Teresa.

SOMOS retratos vivos de Dios. Obras de arte. Nuestro más íntimo misterio, la última razón de nuestro ser, es que nosotros no somos solamente nosotros: somos imágenes. Nuestra esencia no es ser nosotros, sino que somos copia, fotos de otro. Solo cuando reflejamos a ese Otro somos nosotros mismos. Somos una pantalla blanca donde se proyecta Dios. Quitamos la película y no queda nada.

Esta dualidad es el secreto del hombre hay algo dentro de nosotros que es el Todo, y al mismo tiempo no somos nada. Somos una nada donde se proyecta el Todo. Pero podemos borrar dentro de nosotros ese Todo. Y el alma que está en pecado es esa Nada.

Somos por un lado hijos de la Nada, y por otro lado somos hijos de Dios, porque Dios nos hizo de la Nada. La Nada y Dios, esa es la dualidad que hay en el hombre.

Salimos del seno de Dios, donde habíamos estado toda la eternidad y éramos parte de Dios, y no estaremos nunca satisfechos hasta volver a Dios. Nuestro ser mientras tanto es un exilio. Somos unos desterrados de Dios. Pero también es cierto que salimos de la nada, porque mientras estábamos en Dios no éramos nosotros mismos sino que éramos Dios y el ser de nosotros mismos fué algo salido de la nada. Fuimos concebidos del caos, que fué fecundado por Dios. Esa infinita nada y ese caos de donde somos, es lo que ven los santos dentro de ellos mismos cuando también ven a Dios, y esa es la razón de la humildad aterradora de los santos. Ellos ven dentro de ellos esa nada que es la ausencia total, el vacío de todo, la sustancia misma de la descomposición y de la decrepitud y del otoño, de la muerte y del olvido. Estamos hechos de eso: de vejez y de otoño, de una materia de muerte, de la esencia de lo marchito, de cadáver, y de todo lo caduco.

Los espectros del hambre y de la peste y los horrores de la guerra nos dan idea de eso que también somos nosotros. Porque si borramos la imagen de Dios que está proyectada en nosotros, somos el rostro de la melancolía, de la angustia y de la muerte. Debajo de cada ser hay un cadáver, y la mueca de un cadáver. En esa zona de sombras de su ser puede ser que los hombres se rían, pero su risa es como la mueca de los muertos en las refrigeradoras de la morgue. Es eso lo que los niños temen en la oscuridad, y lo que continúa aterrando al niño que hay dentro de cada uno de nosotros, en la oscuridad del mundo de los sueños: la nada de la que hemos venido y que también somos, el polvo original que fuimos y que un día volveremos a ser porque aún lo seguimos siendo. La vida que hay dentro de nosotros es superficial e intermitente. Estamos muertos en el sueño, y aún en la vigilia estamos adormecidos y muertos para una multitud de percepciones. La lucha del artista es solamente la lucha por mantener esa vida artificialmente. Y el enamorado lucha también por salvar esa vida de la rutina y de la muerte por medio del amor. Porque todo se gasta, y todo tiende a sumergirse en la inmovilidad y la muerte. El arte también se gasta y se hace retórica. La belleza envejece y se marchita, y el amor se vuelve rutina. Todo el universo está sujeto a la segunda ley de la termodinámica. Sólo Dios es el Dios vivo, la Vitalidad eterna, lo siempre nuevo, la frescura y el amanecer perpetuos. Porque El Es quien Es. Y no tiene la vida, sino que la Vida es El. "Quien tenga sed venga a mí y beba. Quien cree en mí, como dijo la Escritura, manarán de sus entrañas ríos de agua viva" (Juan 7, 37, 38)

TODO acontecimiento es un sacramento de la voluntad de Dios. Como el cuerpo de Cristo está oculto bajo las apariencias de pan y vino, así la voluntad de Dios está oculta bajo las apariencias —las especies— de los acontecimientos cotidianos.

Todos los acontecimientos históricos son tan sagradas como las Sagradas Escrituras, porque son igualmente una expresión de la voluntad de Dios. Y el más humilde acontecimiento cotidiano es también una expresión de la voluntad de Dios, y por lo tanto tan importante, como el más importante acontecimiento histórico: el perder un tren igual que la pérdida de la batalla de Waterloo.

Y por lo tanto no hay nada banal en el mundo ni nada insignificante ("Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados") El más banal acontecimiento puede hacer que cambie toda la historia del mundo La caída de una teja ocasionó la muerte de un rey de España Y el niño que hoy vende periódicos puede mañana figurar a ocho columnas en todos los diarios del mundo Pero todos los demás acontecimientos banales han determinado igualmente el curso de la historia del mundo, aún cuando nosotros no nos hayamos percatado de ello, y la vida de todo hombre es igualmente importante, aun cuando su nombre no aparezca en los titulares de los diarios

Nuestra vida cotidiana y oscura está llena de portento y misterio y es como una prolongación oculta de los años ocultos de Jesús en Nazareth —que aunque no están consignados en los Evangelios no por eso no son menos importantes— y como todos los demás hechos de Jesús que no están en los Evangelios y que como dice San Juan "si se escribieran uno por uno llenarían de libros toda la tierra"

Lo que llamamos Historia Sagrada no es más que un fragmento —iluminado por el Espíritu Santo— de la Historia Sagrada Universal. la intervención de la voluntad de Dios en el mundo Toda la Historia es Sagrada, y son sagrados también los acontecimientos de nuestra vida privada Las Sagradas Escrituras, desde el Génesis al Apocalipsis, son un sector iluminado a través de todo el acontecer humano, desde el principio hasta el fin del mundo, desde la primera mañana hasta la última El resto de la historia del mundo (y de otros mundos si es que existen) ha quedado en tinieblas, es un texto sin decifrar Pero la voluntad de Dios no por eso está menos presente en ese texto

Pero este texto puede ser alterado por el hombre, y el hombre lo ha alterado grandemente, desde el primer pecado La Historia Sagrada es también la historia de la voluntad de Dios constantemente modificada por el hombre. Dios ha decidido llevar a Israel a la Tierra Prometida Cuando el pueblo se amotina y quiere volver a Egipto, Dios cambia sus planes y decide exterminarlos y crear para Moisés un nuevo pueblo Moisés implora a Dios por el pueblo de Israel, y Dios otra vez cambia de parecer, no los exterminará, pero tampoco entrarán ellos en la Tierra Prometida como El lo había determinado primero: "No entraréis en el país donde, alzando mi mano, juré que os haría habitar". (Números 14, 30)

La voluntad de Dios es un complicadísimo tejido que está siendo siempre modificado por el libre albedrío del hombre, pero no por eso se destruye En cada instante esa voluntad está cambiando, conforme cambian las circunstancias alteradas por el hombre

En cada caso particular la voluntad de Dios está tomando en cuenta los efectos infinitos que se seguirán y que modificarán todos los demás casos y circunstancias del universo. Cuando yo pido la lluvia para mi cosecha, o que deje de llover para cumplir una cita, estoy teniendo presente únicamente el beneficio que esa lluvia o el dejar de llover tendrá para mí Pero Dios tiene presente simultáneamente todos los efectos y consecuencias de esos efectos, que la lluvia o el dejar de llover producirán en todo el mundo La voluntad de Dios es el conjunto de todas esas conveniencias tomadas en cuenta y combinadas por la infinita sabiduría y el amor infinito. Por eso debemos aceptar con alegría todo lo que sucede, porque todo lo que sucede, por adverso que hoy nos parezca, es lo que nos conviene.

Lo único que no conviene es el pecado, porque el pecado es lo único que depende de nosotros y no de la voluntad de Dios El pecado contraría la voluntad de Dios, y es lo único adverso.

Pero todo lo que no depende de nuestra voluntad es la voluntad de Dios Aún los efectos y las consecuencias del pecado son la voluntad de Dios, aunque el pecado haya dependido de nosotros, y los efectos y consecuencias de los pecados de los otros son también la voluntad de Dios. El consentimiento del hombre que dispara a otro hombre depende de él, pero el que el

revólver estuviera cargado y la bala salga por el cañón, y la trayectoria de esa bala y el que dé o no en el blanco y todas las demás consecuencias que de eso se seguirán todo ello depende de la voluntad de Dios. Por eso debemos bendecir todo lo que sucede, porque todo, aun los efectos del pecado, es la voluntad de Dios, y lo único que no lo es, es el consentimiento en el pecado.

A veces no queremos reconocer la voluntad de Dios porque se nos presenta disfrazada bajo aspectos terribles, como los judíos no quisieron reconocer a su Rey cuando se los presentó el Pretor coronado de espinas, y prefirieron en cambio la dictadura de Tiberio "¡Nosotros no tenemos más rey que el César!" (el César que después los aplastaría, mientras que Cristo era su libertad) La voluntad de Dios a veces se nos presenta bajo el manto del fracaso, la miseria, la soledad y la muerte. Y preferimos a Tiberio, que es el poder, los placeres, el dinero, la sensualidad, la crueldad y la gloria. Y gritamos "Crucifícale! ¡Nosotros no tenemos más rey que el César!".

La voluntad de Dios puede presentarse disfrazada de cáncer o de accidente de tráfico, o de agentes de policía de un régimen totalitario que llegan a arrestarlo a uno de noche, y es difícil reconocer y bendecir a Dios bajo esos disfraces. Pero todo lo que llamamos realidad es la encarnación de la palabra de Dios, es el querer de Dios. Toda la realidad es sagrada. Un encuentro fortuito en la calle, el tren que pierdes o el avión que tomas todo ello son realizaciones de la voluntad de Dios.

Dios no solamente está presente bajo las especies materiales en los sacramentos, sino que también está presente, en cierta forma, bajo las especies de todo vino y toda agua y todo aceite y en toda realidad allí está Dios mudo y humilde, invisible bajo la realidad, porque toda realidad es sacramento.

Nosotros no sabemos lo que nos conviene, y no debemos querer ni no querer ninguna cosa sino aquello que Dios quiere o no quiere para nosotros, y aceptar las cosas como las dispone Dios, porque sólo Él sabe lo que nos conviene. Estamos rodeados de acontecimientos que no conocemos y que no sabemos de dónde vienen ni a dónde van, como un ciego en mitad del tráfico. Y somos como un niño pequeño en un gran aeropuerto lleno de aviones que van y vienen, y él no puede subir al que le gusta porque no conoce la ruta de ninguno de ellos ni tampoco sabe su propia ruta, sino que tiene que esperar a que le digan cuál es el avión al que tiene que subir. De igual modo nosotros no sabemos tampoco cuál es nuestro destino ni lo que nos conviene, ni sabemos cuáles acontecimientos nos son adversos, pues no conocemos el futuro (y aun el pasado y el presente no los conocemos sino muy parcialmente).

Pero el pecado es la creencia de que uno sabe más que Dios cuál es lo que le conviene, de que en un caso particular Dios se ha equivocado con respecto a uno, de que lo que Dios quiere para uno, a uno, en ese caso particular no le conviene.

Sólo Dios sabe lo que nos conviene, porque todo lo que sucede y lo que sucederá ha sucedido ya en su mente desde toda la eternidad, como una fotografía que ya fué tomada y que nosotros hasta ahora estamos viendo en el cuarto oscuro revelándose, o como una película que ya fué filmada pero que hasta ahora estamos viendo proyectada en la pantalla, o como la luz de una estrella emitida hace millones de años pero que hasta ahora nos llega a la retina.

Dios sabe que lo que no me conviene ahora me puede convenir mañana. Y Dios puede querer algo ahora, que no quiere después, o quiere algo aquí que no quiere en otra parte, o quiere algo para mí que no quiere para otros. Cuando preguntaron a Juana de Arco en el proceso si Dios amaba a los ingleses, contestó: "Dios no ama a los ingleses en Francia". Y ese es el misterio de la vocación de todos nosotros. Dios quiere también a un dictador de Nicaragua, pero no lo quiere dictador de Nicaragua.

VIVIMOS rodeados de milagros y no nos damos cuenta. No son estos nada más los que convencionalmente se entiende por milagros, sino también existen los milagros naturales. Nadie ama tanto la naturaleza como Dios, el creador de la naturaleza, y Él ha querido que sus maravillas sean ordinarias. Causa de las causas, Él prefiere que todas las cosas provengan de causas y que las causas produzcan sus efectos y que todo suceda naturalmente.

Todo lo que acontece es portentoso, tan portentoso lo ordinario como el milagro. Un ración es un milagro, como dice Whitman. Todo lo ordinario es un milagro, un milagro más maravilloso porque pasa desapercibido. Es el milagro invisible y humilde de todos los días.

Por eso dice San Agustín que el milagro de la multiplicación de los panes no fué mayor que el que se realiza diariamente con cualquier semilla, solamente que fué menos "usual".

La creación no fué un acto aislado de Dios, y un acto remoto en el tiempo, sino que es un acto perenne y que está aconteciendo a cada instante ante nuestros ojos y a los ojos de los incrédulos, y estos aun así no creen. Estamos siendo creados a cada instante, sacados a cada momento de la nada. El universo entero es un perpetuo milagro, y lo son los acontecimientos más comunes y cotidianos igual que los de Lourdes.

Lo ordinario es el modo ordinario de Dios de hacer milagros. Es tan milagroso como lo extraordinario, sólo que no lo vemos así porque es ordinario. Pero para los que viven en contacto con Dios toda su vida es extraordinaria y sobrenatural y está llena de milagros.

Dios realiza los milagros palpables para convencer al mundo, pero en la intimidad del alma no necesita hacer milagros que puedan ser probados con un acta jurídica, sino que los realiza por medio de la coincidencia y del milagroso acontecimiento cotidiano.

A veces nos es difícil distinguir entre el milagro y la coincidencia, y es que a veces también la coincidencia puede ser milagro, o que Dios realice milagros por medio de la coincidencia.

En realidad no existe casualidad. Lo que llamamos casualidad no es más que la voluntad de Dios con otro nombre. A veces se nos hace difícil reconocer la voluntad de Dios porque está encarnada en la realidad en las leyes naturales y la historia, los fenómenos físicos, los accidentes, el acaso, la fortuna, lo fortuito, la casualidad y la coincidencia. Todo esto es la Providencia de Dios.

Solemos llamar providencial sólo a lo que es extraordinario en nuestra vida, y también sólo a lo que nos conviene o creemos que nos conviene. Consideramos providencial el salir ileso en un accidente de tráfico, o el no haber tomado el avión que se cayó, pero no nos damos cuenta de que el perecer en un accidente de tráfico o el tomar un avión que se va a caer es igualmente providencial. En el fondo esto no es más que un resto de maniqueísmo, es creer que hay dos dioses, el bueno y el malo, y que la Providencia es el triunfo del Dios bueno sobre el dios de la catástrofe y el caos. Pero no hay más que un solo Dios, y nada en el universo escapa al gobierno providencial, excepto el pecado. Y todo lo que acontece es providencial, y todo lo que acontece es lo que conviene, excepto el pecado. Sólo el pecado no es providencial, porque es lo único que no es hecho por Dios sino por el hombre, aunque los efectos y las consecuencias del pecado, que no dependen del hombre sino de Dios, sí son providenciales. Providencial es no sólo lo favorable sino también lo desfavorable, y no sólo lo extraordinario sino también lo ordinario, y no sólo lo que acontece sino también lo que no acontece.

Muchas veces no reconocemos también la Providencia porque nuestra voluntad interviene contrariando la voluntad de Dios, y contrariamos la Providencia. Pero si plegamos nuestra voluntad a la voluntad de Dios, y no ejecutamos la más mínima acción que vaya en contra de Sus planes, entonces vemos obrar maravillosamente la Divina Providencia en nuestra vida, y el

acaso y lo imprevisto y todo nuestro acontecer diario están llenos de sentido, toda nuestra vida está llena de coincidencias admirables y de milagros

Si no haces en nada tu voluntad sino sólo la voluntad de Dios, todo encuentro en la calle, toda llamada por teléfono que te hagan, toda carta que recibas estarán llenos de sentido, y encontrarás que tienen una razón y que obedecen a un designio providencial

La mayoría de los hombres se sienten solos en el universo y desprotegidos como si no tuvieran más providencia que ellos mismos y como si hubieran sido creados por ellos mismos o por el acaso y como si vivieran en un universo gobernado por el acaso. Se sienten solos y desvalidos en un mundo hostil como niños perdidos en el bosque, y no como seres que han sido creados por Dios y puestos por Dios en un universo benévolo que también ha sido creado por El para nosotros. No estamos solos, el que nos crió nos habita por dentro y nos rodea por fuera. Cuando decimos con fe y con amor "Padre nuestro", hasta los grandes espacios interestelares e intergalácticos se nos vuelven familiares.

Si nos convencemos de que el mismo que rige la rotación de los astros y de las galaxias y la expansión del universo es el que rige también el ritmo de nuestra sangre y nuestro metabolismo y nuestros más humildes acontecimientos cotidianos, entonces nos sentiremos seguros y confiados y tranquilos. El cuida de las luciérnagas lo mismo que de las galaxias, y ni un átomo se mueve sin su consentimiento. ¿qué podemos temer entonces en el universo?

La alegría puede ser también una oración perfecta, porque es un acto de confianza en Dios, y la seguridad de que no nos puede pasar nada malo en el universo. Y la alegría a veces puede ser también heroica

Las leyes físicas del universo y la moral son una misma ley sólo que la ley moral es una ley de Dios que puede ser violada por el hombre. No podemos violar las leyes de la creación en la termodinámica, por ejemplo, pero sí podemos violarlas dentro de nosotros. El hombre es la única parte del universo que puede desobedecer. Y cuando obedecemos a la voluntad de Dios estamos en armonía con todo el resto del universo, porque entonces obedecemos la misma ley que obedece toda la naturaleza física. Porque todos los seres irracionales están puntualmente obedeciendo a su creador, como lo dice el profeta Baruc: "Despide la luz y ella marcha, y la llama y ella obedece con temblor. Las estrellas difunden su luz desde sus puestos, y lo hacen con alegría, él las llama y responden aquí estamos; y resplandecen gozosas de servir al que las crió". (Baruc, 3, 33-35).

EL pecado es querer ser como dioses, dioses pequeños, limitados y finitos, pero al fin y al cabo dioses. O como dioses. Esto es, querer ser el centro del universo, y querer dictarnos nosotros nuestra propia ley

El pecado es decretarse uno una ley particular y abolir la de Dios. El pecado es una tiranía y es ser el dictador de uno mismo, porque desobedecer a Dios, como dice San Bernardo, es ser uno mismo su propio tirano. El condenado es un injusto consigo mismo, pues ha condenado a su propio ser inocente a estar eternamente privado de Dios, a ser una nada, y por eso Dios aborrece al condenado, que se aborrece a sí mismo, (porque Dios ama también infinitamente al condenado).

Dios sufriría con gusto el infierno en vez del condenado, dice Santa Catalina de Génova, si Dios pudiera sufrir el infierno

Y Dios aborrece al condenado porque lo ama y el condenado es un enemigo de sí mismo Dios ama lo que el condenado es, o debía ser, lo que él tenía de ser en sí mismo, pero ahora él es la negación de sí mismo y un anti-ser Porque el pecado es la negación de Dios y es ser un anti-Dios

El pecado es algo que no es, es algo que anti-existe Está lleno de vacío Es algo peor que la nada, porque la nada no existe y no es nada, pero el pecado es una nada real, y es una muerte viva El condenado vive en un eterno estado de muerte y está condenado a ser eternamente nada

La muerte física no es sino una transformación de la materia, pero la muerte eterna es la materia en un eterno estado de cadáver Es como una contra-materia y un anti-universo, es una anti-creación La muerte eterna es la horrenda mueca de un trozo de cosmos hecho cadáver

El alma en pecado es como una estrella apagada, es el horror de un inmenso universo helado y vacío en el que no hay nada más que soledad Dios es infinitamente bueno e infinitamente bello, y por lo tanto el pecado que es la ausencia de Dios es la ausencia infinita de lo bueno y de la belleza y por lo tanto es infinitamente horrible Si Dios es la belleza y la bondad infinitas, lo no-Dios será como un infinito horror. Y si Dios es el Ser Absoluto, el pecado que es la negación de Dios será como un absoluto no-ser, el vacío más total y la nada más horrenda. El alma es un ser, y el alma no puede dejar de ser, pero el alma en pecado, vacía de Dios, es un ser absolutamente vacío y helado, el ser totalmente desolado y lleno de nada

Suele creerse que el infierno es un castigo que da Dios, y el cielo es un premio que ganamos Pero San Pablo nos dice todo lo contrario "La paga del pecado es muerte, pero la vida eterna es un don gratuito de Dios en Nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 6, 23) La condenación es algo que el hombre gana, que el hombre exige, y que Dios no puede dejar de darle, aunque es contra Su voluntad Pero la salvación es algo que el hombre no gana sino que la regala Dios La condenación el hombre se la da a sí mismo La salvación es un don de Dios

Y el fuego del infierno es también el fuego del amor El infierno es obra del divino amor, dice Dante Porque en el infierno también se ama, pero sin esperanza El cielo es el amor correspondido y poseído, mientras que el infierno es el amor desechado. El Cantar de los Cantares dice que los celos son terribles como el infierno, y es que el infierno son los celos Es amar y ser repelido por lo que uno ama y es repeler el amor El que ha experimentado el amor desechado ha experimentado un poco del infierno aquí en la tierra El cielo es la comunión de los santos, y el infierno no es más que aislamiento y soledad Soledad ontológica El fuego del infierno es el mismo fuego de la concupiscencia con que a veces ya aquí en la tierra se abraza la carne es el amor egoísta, y el fuego del deseo insatisfecho y de la soledad y de los celos El infierno tiene un fuego "material", y nosotros no sabemos cómo es ese fuego Pero nosotros, en la Era Atómica, hemos aprendido un poco más acerca de la naturaleza del fuego El fuego eterno deberá ser un eterno estado de desintegración molecular o nuclear de la materia Dios es amor y es unión, y su amor es la fuerza de la cohesión molecular de la materia, y el infierno es la desintegración eterna, la materia desunida y desgarrada y en guerra consigo misma, y el dolor del desamor

DIOS puso un ángel con una espada de fuego a la entrada del Paraíso, y desde entonces en cada placer hay tristeza, angustia y tedio.

Desde que el hombre fue expulsado del Paraíso se mantiene buscándolo. La infancia, la primavera, el descubrimiento del amor, son como vestigios que han quedado del Paraíso. Y la inocencia de los animales, que ellos no perdieron como los hombres.

Pero el Paraíso no se encuentra en el trópico como creyó Colón, ni en esos "paraísos tropicales" que anuncian las agencias de turismo. Ni en las fuentes de Florida ni en Miami Beach. El Paraíso está en el Calvario. "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". El ladrón le ha hablado a Cristo de su Reino. "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino". Cristo le responde usando la palabra "Paraíso". "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". Quería decir que El estaba abriendo otra vez para el hombre las puertas del Paraíso.

No es una metáfora, porque esos momentos, estando agonizando en la cruz y hablando a otro agonizante, no eran momentos para hacer una metáfora. Los que han abrazado la cruz y subido al Calvario saben que no es una metáfora.

Desde entonces el Paraíso ha quedado abierto para el hombre. Pero el Paraíso no está en el placer, ni en el confort de los hoteles "paradisíacos" tropicales, ni en Miami Beach, sino en el Calvario.

El Paraíso es la unión con Dios. Eva vuelve a salir del costado abierto de Cristo, cómo antes salió del costado de Adán, y Adán vuelve a exclamar "esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Por eso dejaré el hombre a su padre y a su madre, y se adherirá a su mujer".

La unión con Dios hace que la tierra vuelva a convertirse otra vez en Paraíso. Donde estamos Tú y yo es paraíso, y la naturaleza entera es el bello escenario de nuestra unión: el cielo estrellado, las montañas, los manzanos en flor.

La naturaleza deja de ser hostil para quien vive en la presencia de Dios, y el hombre se siente inmune a todo mal como lo estaba Adán en el Paraíso. Sin la presencia de Dios el hombre se siente rodeado de peligros y a todas horas siente que las cosas lo pueden herir, aplastar, asfixiar, mutilar, golpear, morder. Pero quien vive en unión con Dios sabe que ninguna hoja cae sin Su consentimiento y que todos los cabellos de su cabeza están contados y que ninguna criatura tiene poder de hacerle daño.

Para quien vive en unión con Dios todas las cosas están transfiguradas como por una luz especial, y brota un manantial de gozo de todas las cosas, aun de las más comunes de la vida diaria. Todos los momentos de su vida destilan dicha, y hay como una especie de embrujo, de sutil encantamiento en todo lo que uno toca o lo que uno hace. Es lo que dijo Cristo a la mujer junto al pozo que uno tendría el manantial de las aguas en sus entrañas ("Y la mujer le dijo: Señor, dame de esa agua para que yo ya no tenga más sed, ni tenga que venir aquí a sacarla").

El Paraíso es el amor. Todo amante tiene la conciencia de haber estado unos momentos en el Paraíso, pero quien vive en el amor de Dios vive siempre en el Paraíso.

Todo amor humano es también un vislumbre de la eternidad. Pero es una eternidad fugaz. Se vislumbra la eternidad en esa fugacidad, porque la vida de Dios es también fugacidad, pero una fugacidad eterna, un infinito presente que nunca pasa (mientras que en el amor humano asimos por un momento una eternidad que pasa). El amor humano es una breve eternidad, pero la felicidad de Dios es una fugacidad eterna, porque la eternidad de Dios no es estática sino que es la Vida Eterna, y El es la fuente de la vida, y la vida es movimiento.

El amor humano tomó el lenguaje del amor místico, como dice Bergson, y no fue el amor místico el que tomó el lenguaje del amor humano.

Modernamente el matrimonio es considerado como una unión mística, y la muchacha moderna llega a las bodas con la espectación con que una virgen cristiana se desposaba con Cristo, y la vida del hogar es presentada por la propaganda comercial como un paraíso en la tierra. Se espera que el esposo o la esposa sean un dios o una diosa, y de ahí la frustración que hay en tantos matrimonios modernos. Se pide a las criaturas lo que ellas no pueden dar, sino sólo Dios. Se cree que la mujer o el hogar podrán saciar una sed infinita de amor que sólo Dios puede saciar.

NOSOTROS queremos ser conocidos. Las hormiguitas trabajan alegremente subiendo y bajando el tallo de una planta, contentas con el pequeño pedazo de creación que Dios les dió y sin desear ser más conocidas ni famosas, contentas con el anonimato de criaturas en el que Dios las crió, y contentas de ser. Son conocidas por Dios, y eso basta. Pero tú sientes que si llevas una vida "oscura" y no eres conocido por el mundo, es como si no existieras.

Y la araña tejiendo su tela no busca tampoco publicidad. Y el pequeño insecto no firma autógrafos, pero ni una estrella de cine con toda su gloria se viste como él. Y el cardenal atraviesa veloz el bosque huyendo de toda publicidad, tratando más bien de no exhibir su belleza, y el conejo corre siempre en el bosque escondiéndose y es feliz en su vida escondida. Pero tú no quieres llevar como ellos una vida "oscura".

Es cierto que ser conocidos es ser, y por eso es nuestra sed de ser conocidos (y si no, nos sentimos como sombras). La gloria eterna por eso se llama gloria, porque es como la gloria humana es ser conocidos. Pero la gloria humana es una gloria falsa, es un falso ser, porque es ser conocidos por hombres que, como nosotros, tampoco son, y su conocimiento de nosotros no afecta nuestro ser. No porque llevemos una vida oscura y desconocida de los hombres seremos menos, ni somos más porque seamos famosos (con la fama dada por un agente de publicidad) y nuestros nombres aparezcan en los titulares de prensa y nos hagan entrevistas de radio y de televisión.

Nuestra verdadera existencia consiste en ser conocidos por Dios. En la medida en que somos conocidos por El, somos. Y no ser conocidos por El es no ser, porque El lo conoce todo. Pero el mal Dios no lo conoce, porque Dios es infinitamente inocente.

Por eso San Francisco de Asís repetía con frecuencia. "Soy solamente lo que soy ante Dios". Y el repudio de Dios, según Cristo, a los que no son admitidos al reino de los cielos, es: "No os conozco".

Nuestro deseo de fama es porque nos damos cuenta oscuramente de que no existimos plenamente si no es en la conciencia de Alguien que está fuera de nosotros. Y sentimos que ser desconocidos es como no ser. Pero la fama de los hombres no nos hace inmortales, porque ellos también son mortales y necesitan también ellos ser reflejados en la conciencia de otros para poder ser, y de otro modo son como sombras. Nuestra realidad depende entonces de otras sombras, y creemos que somos reales porque estamos reflejados en la irrealidad de los otros, somos sombras de sombras. Y por eso la gloria humana es una sombra.

Pero el cielo es también conocer: "Conoceré como soy conocido", dice San Pablo. El cielo es ver. Es contemplación y visión. Nuestro premio será ver, dice San Agustín. Porque ver y

comprender y aprehender es poseer (es "conocer" en el sentido bíblico) y es también amar Ver es recibir, y como con la vista (y los demás sentidos) recibimos la realidad total, perceptible, que nos rodea, así también ver a Dios es recibir a Dios y poseerlo Y ver a Dios es también ser como Dios "Seremos en la gloria semejante a Dios, porque le veremos como El es" (1, Juan, 3, 2)

Contemplar a Dios es ser como Dios, porque el hombre es imitativo y verlo es imitarlo Es un irse pareciendo más y más a Dios por toda la eternidad De ahí que un alma que ve a Dios es Dios

El alma es esencialmente espejo, y por lo tanto es algo que no vale por sí mismo (como el espejo que en sí no es sino vidrio) sino por la sonriente belleza que refleja La belleza del alma es la belleza de Dios que ella refleja. Y un alma sin Dios es un espejo vacío, sin imágenes Es tan sólo una cosa que no es.

El hombre es por naturaleza sed de saber, de conocer y de poseer, y esa es la sed de Dios

Conocer a Dios es lo que uno busca en los viajes, la ciencia, los libros, el amor Es esa sed de experiencia que tenemos y que sólo será saciada al ver a Dios Teresita de Lisieux se entusiasmaba con el cielo pensando que allí entendería como son hechos los pájaros y el viento y las flores

Pero no conoceremos entonces la realidad limitadamente, a través de sólo cinco sentidos, como ahora, sino que conoceremos la realidad total, tal como es, con un conocimiento directo, con el "conocimiento" —en sentido bíblico— de la posesión amorosa

O como dice César Vallejo Serán dados los besos que no pudisteis dar

LAS abejas dan miel al hombre y los gusanos de seda lo visten, pero la principal utilidad de las plantas y los animales no es que den de comer o vestir al hombre, o sirvan a otros seres que sirven al hombre sino que le han transmitido la vida al hombre y son antecesores del hombre a través de la larga cadena de la evolución Son parte del hombre mismo, y están llamados a participar con nosotros en la resurrección El trilobitis fosilizado que vivió hace 500 millones de años no murió totalmente sino que transmitió la vida a nuestro cuerpo y está en cierta manera aún vivo en nuestro cuerpo y está esperando con nosotros la resurrección

El hombre es solidario con toda la creación, y cuando Adán pecó la naturaleza entera quedó maldita por su causa "Maldita será la tierra por tu causa", le dijo Dios De la misma manera cuando el diluvio Dios no sólo se arrepintió de haber creado al hombre, sino a toda la naturaleza juntamente "Borraré de la haz de la tierra al hombre que crié, desde el hombre hasta las bestias, los reptiles y las aves del cielo" Pues por el hombre, dice el Génesis, "llenóse el orbe de violencias" y "toda criatura había corrompido su camino sobre el orbe" Y la alianza del arco-iris celebrada con Noé después del diluvio fue una alianza con la naturaleza entera: "Esta es la señal del pacto que por generaciones eternas establezco entre mí y vosotros y todos los seres vivientes que con vosotros existen" De la misma manera también la nueva alianza que se realizó con Cristo abarca no solamente a los hombres sino a todas las criaturas, y cuando Cristo resucitó dijo a sus apóstoles que predicasen la buena nueva a todas las criatu-

ras (no dijo solamente a los hombres). Y todas las criaturas gimen con nosotros con dolores de parto, como dice San Pablo, esperando la resurrección

Porque todas las criaturas de la tierra estamos hermanadas en la evolución biológica, y la resurrección de nuestro cuerpo es como una etapa más, la última, de esta evolución. Con la resurrección de Cristo se ha inaugurado ya esta etapa final de la evolución. Cristo es el primer espécimen de esta nueva era "biológica" de la tierra, o como dice San Pablo, "el primogénito" y "las primicias de la resurrección". Nuestra resurrección es como una metamorfosis más, y las metamorfosis que antes ha tenido la vida, a través del Pre-Cámbrico y el Silúrico y el Devónico y el Pleozoico y el Mesozoico, hasta nosotros, nos ayudan a comprender esta nueva transformación (o como dice San Pablo, basta que veamos la metamorfosis de un grano de trigo). Todo nacimiento es doloroso, porque todo nacimiento es también una muerte. La salida del seno materno es para el niño una muerte a su existencia anterior, a su confortable existencia fetal, y por eso nace gritando. Y todas las etapas del crecimiento son otras tantas muertes dolorosas por las que el individuo tiene que pasar. "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo, pero si muere dará mucho fruto" (Juan 12, 24). Y si la célula no se subdivide permanece sola, pero si se subdivide da mucho fruto. Y las estrellas son también como granos de trigo, que nacen a la vida mediante dolorosas muertes y a través de grandes explosiones.

Todo el cosmos es también como un gran grano de trigo. Y como un niño en el seno materno en espera del nacimiento. Por la creación gime con dolores de parto.

Este nuevo nacimiento es doloroso también, y nos resistimos a él, porque estamos muy confortables encerrados en la pequeñez del actual cosmos, como en la oscuridad y el calor de un útero materno, donde más que vivir dormimos, y no queremos nacer, salir a la vida. Pero el proceso de la vida no puede detenerse, y nosotros tenemos que pasar a esta nueva vida o moriremos. Como le dijo Cristo a Nicodemo: "Quien no nace de nuevo no podrá entrar en el reino de Dios".

Cristo es el primogénito de este nacimiento, ("el primogénito de entre los muertos"). La tumba vacía del domingo de Resurrección fue como un vientre del que ha nacido un primer hijo. Un quantum de materia nuestra (de calcio, hierro, fósforo, potasio, etc.) ha salido ya de este universo y pertenece a una nueva creación. Ha quedado un vacío en la materia del universo desde que quedó la tumba vacía del domingo de Resurrección. O como dice el Comunicante de la misa de la Ascensión desde entonces ha quedado colocada "la sustancia de nuestra fragilidad a la diestra de vuestra gloria". La frágil biología humana a la diestra de Dios, y nosotros mismos también, como participantes de esa biología.

Y esto es un proceso natural y biológico, como lo dice claramente aquella parábola "Dijo también. Así es el reino de Dios como un hombre que ha echado el grano en la tierra, y que, lo mismo si duerme o si vela noche y día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo. Por sí misma da fruto la tierra, primero la hierba, luego la espiga, luego la abundancia de trigo en la espiga. Y cuando el fruto está a punto, en seguida meten la hoz, porque la cosecha está lista" (Marcos 4, 26-29).

Y la cosecha será más pronto de lo que nosotros creemos. El profeta Amos nos dice que en aquellos días el que está aún arando verá ya venir tras de sí al que siega.

CRISTO nos dijo con muchas parábolas que el reino de los cielos es un proceso de evolución: es un grano de trigo, una semilla que el sembrador sale a sembrar al campo, una leva-

dura que una mujer toma y la revuelve con la masa, la semilla de un árbol de mostaza que cuando se siembra es la más pequeña de las semillas pero cuando crece sobrepasa a todos los arbustos y en sus ramas anidan las aves del cielo Usó comparaciones de la naturaleza y de la vida ordinaria seguramente para darnos a entender que el reino de los cielos pertenece al mismo proceso de la naturaleza y de las cosas ordinarias Y con ellas también nos quiso decir que el reino de los cielos era un proceso lento, como han sido lentas la formación de los astros a través de billones y billones de años, y la formación de la tierra a través de las largas edades geológicas —durante las cuales ya se venía formando en la tierra el reino de los cielos— y como son lentos también el crecimiento del árbol de mostaza y el del trigo

El cosmos no está hecho sólo de espacio, sino también de tiempo, o de espacio que es tiempo Dondequiera que miramos miramos el tiempo Si levantamos los ojos a las estrellas no sólo las miramos a través del espacio sino también a través del tiempo. Y si miramos con el telescopio a estrellas que están más lejanas, no sólo hacemos retroceder el espacio sino también el tiempo, mirando lo que fue hace muchos eones.

Esta dimensión del tiempo que vemos en todo el universo es también como una parábola del reino de los cielos "Si tuviérais tantita fe como un grano de mostaza .", dijo Cristo en otra ocasión Y ya sabemos que en una semilla de mostaza está encerrado y enrollado un árbol de mostaza Y que toda la evolución biológica estaba encerrada en la primera célula Y que el reino de los cielos está dentro de nosotros Nosotros tenemos las semillas Semillas que son muy despreciables Porque la fe no es más que un puñado de semillas que apretamos en nuestra mano, arrugadas y secas. .

Y existe un misterio oculto en estas parábolas de las semillas las semillas pertenecen también al mismo árbol genealógico de la evolución Nosotros descendemos de ellas, o somos más bien un desarrollo ulterior de esas mismas semillas, y junto con todos los demás seres vivos del reino animal y el vegetal, formamos un mismo Arbol de la Vida. El reino de los cielos no es solamente como una semilla, es una semilla (y una primera célula que ha ido creciendo y multiplicándose hasta formar el trigo y el árbol de mostaza primero, y después el hombre dentro del cual está encerrado —como en una semilla— el reino de los cielos) Y al igual que el grano de trigo y el grano de mostaza, y la célula que para reproducirse tiene que dividirse, el hombre también para crecer tiene que morir, para formar así el hombre completo, que es el Cuerpo Místico hasta que el cuerpo de Cristo tenga la estatura completa, como dice San Pablo Y en ese cuerpo místico están comprendidos todos los seres vivos, nuestro árbol genealógico, como las aves del cielo que anidan en la copa del árbol de mostaza Porque el reino de los cielos es evolución, y es una prolongación biológica del reino mineral y del reino vegetal y el reino animal, y también de los reinos humanos de la socialización humana, o de la humanización como dice Teilhard de Chardin

Los judíos esperaban que el reino de Dios iba a ser un reino terreno, y en eso no estaban equivocados porque el reino de los cielos es también terreno, es el reino de los cielos establecido en la tierra y por eso pedimos en el Padrenuestro que venga a nosotros El reino de los cielos es un reino —o como diríamos ahora una república—, esto es, un orden social El reino de los cielos es social, una iglesia, una comunidad, un marxismo espiritual Pero en lo que los judíos estaban equivocados (como los marxistas de hoy) era en creer que era un orden social como los existentes aquí en la tierra, pues como le dijo Cristo a Pilatos su reino no era de este mundo, es de otro orden Y como le dijo a sus apóstoles "Los reyes de las naciones imperan sobre ellas y los que ejercen la autoridad son llamados bienhechores, pero no sea así entre vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve" (Lucas 22, 25-26) 'O sea es un orden al revés Y es un reino sin súbditos, un reino democrático, o un pueblo de reyes, como lo dice San Pedro en su epístola, "un linaje escogido, sacerdocio real". Y

el profeta Isaías había profetizado este reino como un verdadero orden social, un nuevo orden que debemos realizar los hombres aquí en la tierra "Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará La vaca pacerá con la osa, y las crías de ambas se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey El niño de pecho jugará junto al hoyo del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la cueva del bacilisco" (Isaías 11, 6-8) Cristo vino a la tierra a establecer este reino. Es un reino que ya está establecido en pequeño, en las comunidades religiosas, en los monasterios, en condiciones artificiales como de laboratorio En los monasterios se ensaya el sistema social del futuro, pero Cristo no vino a establecer su reino solamente en laboratorios, en los monasterios, sino que vino para que fuera el sistema social de las aldeas, de los estados, de la humanidad La Iglesia es la humanidad Y la Iglesia actual es la semilla pequeña, aparentemente insignificante, de esa humanidad. Por eso el reino de los cielos es como un grano de mostaza.

Y el reino de los cielos es como un padre de familia que saca cosas nuevas y viejas, dice Cristo Con esta figura, y la de la parábola de la levadura y del vino nuevo, nos expresa que es un proceso de la naturaleza, que es el mismo proceso de renovación que tiene toda la naturaleza la ley vital de la conservación y la revolución, la aventura y el orden, el invento y la tradición, y el renuevo constante que tiene la vida, la semilla que muere y renace, la vida y la muerte y el ciclo de las estaciones del año

CUANDO miras la vastedad del universo en una noche estrellada (nuestra galaxia con 300.000 millones de estrellas, y estrellas que tienen el brillo de 300 000 soles, y 100 millones de galaxias en el universo explorable) no debes sentir tu pequeñez y tu insignificancia, sino tu grandeza Porque el espíritu del hombre es mucho más grande que esos universos Porque el hombre puede mirar esos mundos y comprenderlos y ser consciente de ellos, mientras que esos mundos no pueden comprender al hombre Esos mundos están compuestos de moléculas simples, como la del hidrógeno que sólo es de un núcleo y un electrón, mientras que el cuerpo humano tiene moléculas más complicadas y tiene además la vida, cuya complejidad trasciende la del mundo molecular, y el hombre tiene además la conciencia y el amor Y cuando el enamorado dice que los ojos de su amada brillan más que las estrellas, no está diciendo un hipérbaton (aun cuando Sigma de la Dorada brille 300 000 veces más que el Sol) porque en esos ojos asoma la luz de la inteligencia y del amor, que no tienen Sigma de la Dorada, ni Alfa de la Lira, ni Antares Y aun cuando el radio del universo sea de 100 000 000 000 de años luz, el radio del universo tiene límites. Y el más inferior de los hombres es mayor que todo el universo material, con una grandeza de otro orden que sobrepasa la grandeza del volumen Porque todo el universo material se vuelve como un pequeño punto en el entendimiento humano que lo piensa

Y esos mundos son mudos Alaban a Dios pero con una alabanza inconsciente, sin saberlo Y tú eres la voz de esos mundos, y la conciencia de ellos Y esos mundos no son tampoco capaces de amor, mientras que tú eres la materia enamorada

Pero tu entendimiento no está separado de esos mundos Tú eres también ese inmenso universo, y eres su conciencia y su corazón. Eres el vasto universo que piensa y que ama.

Porque el alma completa el universo, como decía Platón, y ha sido creada para que el cosmos tuviera un intelecto. El hombre es la perfección de la creación visible, y no podemos consi-

derarlo como insignificante y vil ("vil gusano de la tierra") porque sería considerar insignificante y vil toda la obra de Dios

Y la vastedad del universo que contemplas en una noche estrellada se hace más vasta si te contemplas también a tí mismo como parte de ese mismo universo que contemplas, y te das cuenta de que tú eres el mismo universo contemplándose y que además de sus dimensiones espacio-temporales en tí adquiere una nueva dimensión —todavía mayor— el universo

Somos la conciencia del cosmos La encarnación del Verbo en un cuerpo humano significa su encarnación en todo el cosmos

Porque todo el cosmos está en comunión El calcio de nuestros cuerpos es el mismo calcio del mar (y lo hemos sacado del mar porque nuestra vida salió del mar) y el calcio de nuestro cuerpo y el del mar son el mismo del cielo el calcio que tienen los astros, y el que flota en los océanos interestelares y del cual han saído los astros (porque los astros son una concentración de la tenue materia de los espacios interestelares y salieron de ellos como nuestro cuerpo salió del mar) Y en realidad no existen vacíos interestelares ni intergalácticos, sino que todo el cosmos es una sola masa de materia, más o menos rarificada o concentrada, y todo el cosmos es un solo cuerpo Los elementos de los meteoritos venidos de estrellas lejanas (calcio, hierro, cobre, fósforo) son los mismos elementos de nuestro planeta, y de nuestro cuerpo, y los mismos de los espacios interestelares. Así que estamos hechos de estrella, o mejor dicho todo el cosmos está hecho de nuestra propia carne Y cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, puede decir de toda la naturaleza como Adán dijo de Eva "Esta sí es carne de mi carne y hueso de mis huesos" En el cuerpo de Cristo, como en nuestro cuerpo, está sintetizada la creación entera. Y lo está también en el Cuerpo Místico de Cristo, que somos todos nosotros, y que en realidad es la creación entera

En nuestro cuerpo comulgan todos los animales vivos y los fósiles, los metales y todos los elementos del universo El escultor que labra la piedra está hecho de la misma materia de la que está hecha la piedra, y es como la conciencia de la piedra, es la piedra hecha artista, es la materia con alma Y cuando el hombre ama a Dios y se une con El, es la creación entera con sus tres reinos (el mineral, el vegetal y el animal) la que lo ama y se une a El.

La naturaleza es por eso más sagrada para el cristiano que lo fue nunca para el panteísmo pagano Nosotros somos más que panteístas, pues el cristianismo sobrepasa todo panteísmo y la Encarnación va má allá de lo que ningún filósofo panteísta hubiera podido ni siquiera soñar.

Nuestros cuerpos son sagrados Son Templos dice San Pablo (y para los judíos no había nada más sagrado que el Templo) y toda la materia participa de la santidad de nuestros cuerpos La creación entera es un templo, según San Gregorio Magno. El árbol, las piedras, la lagartija y el conejo, el meteoro y los cometas y las estrellas, son santos por nosotros.

LA naturaleza está siempre comulgando consigo misma. esto es, comiéndose y dándose a comer La comida es la comunión de la vida. La comida no es una cosa "prosaica" El Creador ha querido que para vivir tuviéramos que comer otros seres vivos porque quería que los seres vivos viviéramos en comunión unos con otros, no ha querido que fuéramos seres independientes unos de otros y autosuficientes sino que necesitáramos estar asimilando siempre a nues-

tro ser otros seres vivos, y mediante esta similitud estuviéramos siempre en comunión con todo el cosmos. A la diatomea la come el copeópodo y al copeópodo lo come el arenque y al arenque lo come el calamar y al calamar lo come la perca y cuando la perca muere y se convierte en detritus alimenta otra vez a la diatomea o es comida por el hombre y el detritus del hombre alimenta a la diatomea, porque la vida y la muerte son una misma cosa, y la vida está siempre renaciendo de sí misma. Y no debe costarnos el imaginar la resurrección de la carne por el hecho de que nuestra carne haya pasado a ser la carne de otros seres, y la de estos de otros, pues en esto mismo estamos viendo ya en acción la resurrección de la carne. ¿Con qué cuerpo resucitaremos? Resucitaremos con todos los cuerpos y con todas las edades, o mejor dicho resucitará un solo cuerpo con muchas edades, en el que todos seremos carne de otros y en el que estemos todos unos dentro de otros como el feto está dentro de la madre. Tan sólo los que no se salvan quedarán cercenados de este cuerpo, y por eso la condenación de uno es una mutilación del Cuerpo Místico. Y por eso dice San Pablo que todas las criaturas —también las plantas y los animales— están gimiendo, esperando la resurrección de nuestro cuerpo. Y por eso basta que resucite un solo cuerpo para que tengan que resucitar todos los cuerpos. Y por eso basta que haya resucitado Cristo —“el primogénito de los muertos”— para que tenga que resucitar la creación entera.

Cristo no sólo redimió la naturaleza humana, sino toda la naturaleza. El pan y el vino y el agua también fueron redimidos y toda la materia ha sido hecha santa por El y sacramentalizada. Aun los pájaros y los peces del mar participan de la santidad de Cristo, y de nuestra santidad. La Madre Naturaleza se ha hecho santa con la Virgen Madre, porque todos estamos en santa comunión, desde los más humildes invertebrados y mamíferos hasta la Madre de Dios, y los humildes mamíferos participan también de la maternidad de María.

Cuando nosotros comulgamos con Cristo todo el cosmos comulga con Cristo. Los mayas creían que el hombre estaba hecho de maíz, porque tenían conciencia de esta comunión y de este Cuerpo Místico. Y los sacrificios mayas y todas las eucaristías paganas eran también como una participación oscura e imperfecta de esta comunión cósmica, de este Cuerpo Místico (pues como dijo Yavé a los judíos por boca del profeta Malaquías, El no solamente recibía sacrificios de Israel sino que también recibe sacrificios puros de todos los pueblos paganos de la tierra. “Porque desde el nacimiento del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yavé Sebaot” (Malaquías 1, 11).

Cristo eligió el pan y el vino para la eucaristía porque estos eran los alimentos básicos de la cultura mediterránea, que era la más universal, y por lo tanto eran los alimentos más universales (y el trigo es el cereal que más se cultiva en el planeta) pero el pan y el vino de la eucaristía están en representación de todos los frutos de la tierra: del maíz, y el cacao, y el café, y el tabaco, y el banano, y el coco, y el pulque, y la chicha. Y cada fruto es como una síntesis del cosmos, es un trozo de materia cósmica asimilable. De modo que el pan y el vino de la misa son síntesis, y están en representación, de todo el cosmos. Y están en representación de nuestro cuerpo, porque nuestro cuerpo es también fruto, somos frutos asimilados y hechos cuerpo. Nuestra carne y nuestra sangre son pan y vino. Y cuando el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, simbolizan nuestro cuerpo y nuestra sangre convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Todos los seres participamos también de un mismo ritmo cósmico. La rotación de los átomos y la circulación de nuestra sangre y la savia de las plantas y las mareas del mar y las fases de la luna y la rotación de los astros en la galaxia y la rotación de las galaxias todo es un mismo ritmo, todo es un canto coral que canta todo el cosmos. Porque todas las leyes naturales como dice el libro de la Sabiduría, son como el ritmo de las cuerdas de un salterio. Y el

canto de los monjes y el ciclo de la liturgia, de acuerdo con el ciclo de las cosechas y de las estaciones del año y de la vida y la muerte (y la Vida y la Muerte y la Resurrección de Cristo) es parte de este ritmo cósmico, es la participación del alma del hombre en el ritmo del mar y de la luna y de la reproducción de los animales y el de los astros. Y también las liturgias paganas, de acuerdo con las cosechas y las estaciones, incorporaban al hombre a este ritmo cósmico, que el hombre moderno en las ciudades modernas ya ha perdido. Porque este ritmo es la religión. Como las ostras dependen para su reproducción del ritmo del mar y los palolos de los mares del Sur dependen de la luna, así también el hombre depende de los ritos y del ciclo litúrgico. Porque como dice el Eclesiástico, es la religión la que le da el ritmo a la vida del hombre. "¿Por qué un día es distinto de otro día mientras la luz todo el año procede del sol? Es la sabiduría del Señor la que los diferencia, y muda los tiempos y trae las fiestas" (Eclesiástico 33, 7-9). Y por eso la vida en ciudades como Nueva York es tan horrosamente monótona.

Por eso nuestra religión es Católica —esto es, universal— no sólo porque es la religión de todos los hombres sino porque es también la religión de todo el cosmos, abarca desde los moluscos hasta los astros, abarca también a todos los otros ritos y a lo que había de religión verdadera en todas las antiguas religiones paganas y abarca más que lo que es religión —en el sentido convencional de la palabra— a todo el hombre (con su poesía, su pintura, su folklor y su danzas, las fiestas de las siembras y la recolección de las cosechas y el crecimiento de las plantas y los animales y el amor del hombre y la mujer) y fuera de esta religión no hay salvación.

Todo el cosmos es canto y canto coral y canto de fiesta y de fiesta de bodas ("un rey que preparó un banquete de bodas a su hijo".) Nosotros todavía no estamos en la fiesta, pero hemos sido llamados, y vemos la luz desde lejos y oímos la música. "A media noche se oyó un clamor. Ahí está el esposo, salid a su encuentro" (Mateo 25, 6). Y el Bautista nos anunció ya su llegada, señalándolo "El que tiene la esposa es el esposo, el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente al oír la voz del esposo" (Juan 3, 29). La liturgia es la conmemoración diaria, aquí en la tierra y en el tiempo, de esa fiesta de bodas que ya comenzó en la eternidad. Para la Iglesia Católica por eso todos los días son de fiesta, y en la liturgia todos los días son llamados FERIA, "fiestas" (la fiesta del lunes, la fiesta del martes, etc.) y todos los días del año zodiacal y litúrgico son para nosotros una figura de esa fiesta eterna que nunca acaba, y nuestro canto, junto con el coro de los astros y el de los átomos, es el mismo del coro de los ángeles (y el mismo que cantan tal vez innumerables humanidades en innumerables planetas, a los cuales parece referirse el libro de Job cuando habla de las aclamaciones de los astros matutinos en los que los hijos de Dios gritaban de júbilo). Nosotros aún estamos fuera en la oscuridad esperando al esposo, pero ya hay una luz allá lejos y un canto coral en mitad de la noche.

FIN